



José Fernández de la Sota nació en Bilbao en 1960. Ha ejercido la crítica literaria en prensa y radio y ha sido columnista de los diarios *El Mundo*, *El Correo* y *El País* en su edición vasca.

Ha dirigido la colección de poesía *Los pliegos del norte*, el suplemento literario *Pérgola* y las revistas culturales *Ipar Atea* (con María Maizkurrena), *Boletín de Ficciones* y *Ancia* (de la Fundación Blas de Otero). Desde 1988 pertenece al consejo de redacción de la revista de poesía *Zurgai*.

Como poeta, ha publicado nueve libros, entre los que destacan *Te tomo la palabra* (Finalista del Premio Nacional de la Crítica), *Todos los santos* (Premio Internacional Antonio Machado), *Material de construcción* (Premio Jaén), *Cumbre del mar* (Premio Alfons el Magnànim), *Aprender a irse* (Premio Ciudad de Córdoba) y *Vacilación*. Como narrador, es autor de una novela, *Informe Goliat*, y de los libros de relatos *Elefantes blancos*, *Negrita con diamantes* (Premio Internacional Max Aub), *Suerte de perro* (Premio Iberoamericano Cortes de Cádiz) y *La biblioteca férrea* (Premio Internacional Camilo José Cela). Es autor, asimismo, de una guía de Bilbao para ediciones Júcar y de la biografía *Juan Larrea, versión terrestre*. En 1998 le fue otorgado el Premio Euskadi de Literatura.



bbk

Travesía de Bilbao
José Fernández de la Sota



420-421

Travesía de Bilbao Guía Poética

José Fernández de la Sota

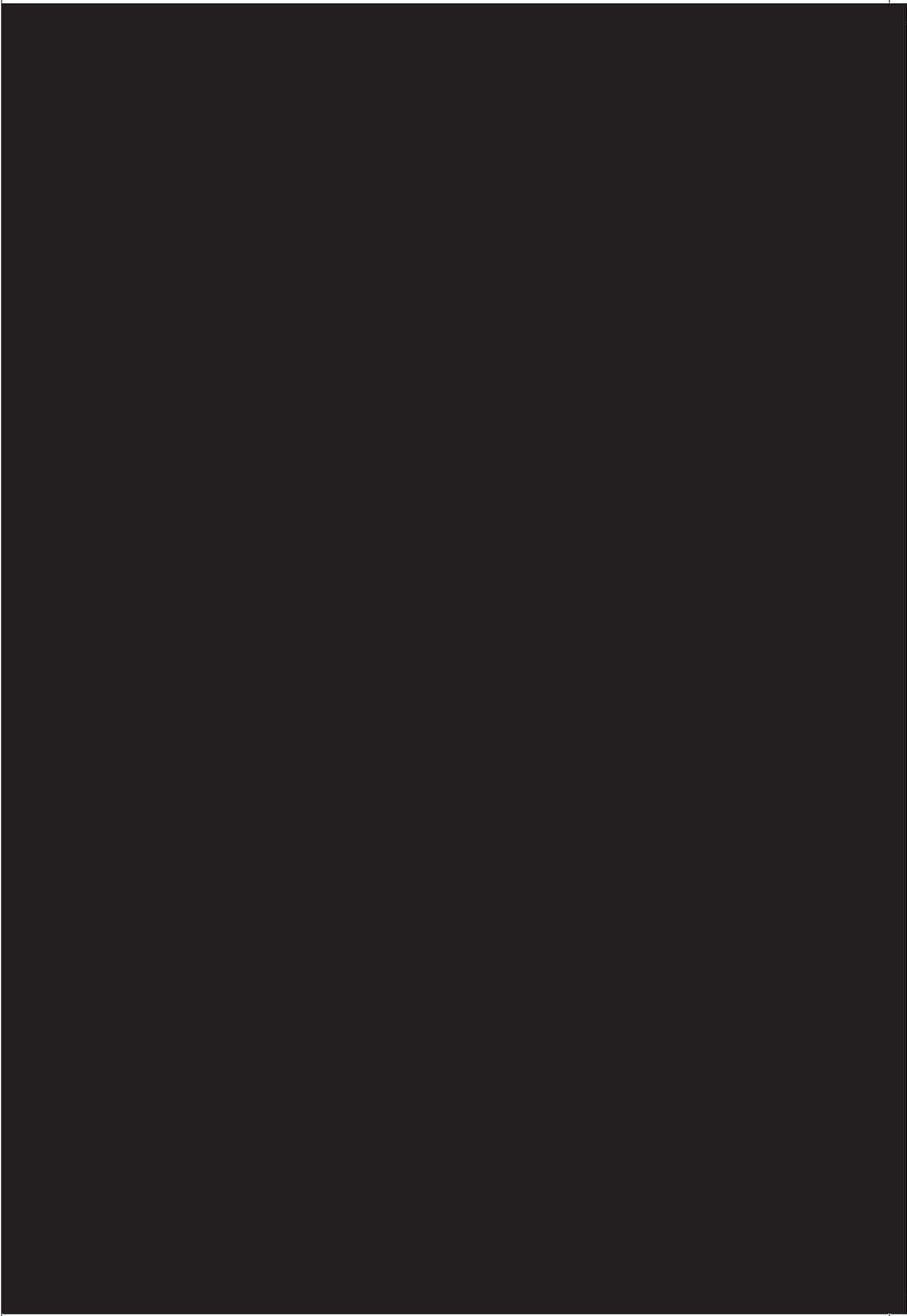
bizkaiko gaiak = temas vizcaínos

Hiria –esan zuen behin Max Aub-ekin irakurtzen den liburu bat da. Izan ere, hiria pausuz pausuz irakurtzen da. Eta liburu hau horregatik da ibilaldi bat, pausuz pausu, bertsoz bertso hiri bat, berea, bera jaio zena, bere bizitza osokoa irakurtzen duen poeta baten eskutik Bilbon zehar, egiten den oster bat.

Poeta Abandoko Geltokian jaitsi da –ibilaldi poetiko honen abiapuntuan– eta konturatu da sekula ere ez duela lortu joaterik, inoiz ere ez dela irten, urte hauetan guztietan bidaiari bat izan dela bere hirian. Beraz, pasaiari bat bezala, Bilboko *citya* zeharkatzen zuten trolebus londrestar haietariko batera igo, haurtzaroko egunetara itzuli eta txartel berdinarekin Metro ederrean gaurko Bilboraino buelta daitekeela.

Bere poemen eta prosaren bidez autoreak hiria beste era batera irakurtzera gonbidatzen gaitu. Kaleak eta zinema-aretoak, ospitaleak eta merkataritza-zentroak, zubiak eta zeruak, kafetegiak eta supermerkatuak, bulegoak eta elizak. Beirate handi bat duen geltokia. Hiriaren plano bat. Oroitzapen batzuk gordetzeko oroimenaren kontsigna bat. Hilarriak Mallonan, Unamuno eta Ramón de Basterra, Aresti eta Blas de Otero, Gabriel Moral eta Eduardo Apodacarekin hitz egiteko. Eta Kafka bilbotar harrigarri bat, autore kostunbrista bihurtuta. Eta beti, itsasoaren itxaropena Abran, munduaren bihotzean.

José Fernández de la Sotak mugitzen etengabe ari den, bere hautsetatik behin eta mila bider birjaiotzeko gai den Bilbo baten gida-liburu berezi, ironiatsu eta dramatiko, sentimental eta bikain, mingots eta gozo bat idatzi du. Burdinazko hiria. Ur hiria. Titaniozko hiri berria. Euri eta itxaropen hiria.



Colección BIZKAIKO GAIAK - TEMAS VIZCAINOS
editado por **bbk**[®]

www.bbk.es

Travesía de Bilbao

Guía Poética

José Fernández de la Sota
420-421

bizkaiko gaiak = temas vizcaínos

Imagen de la portada: Escultura de Eduardo Chillida. Paseo de Abandoibarra (Bilbao). Fotografía de Mikel Alonso.

Depósito Legal: BI-1553-2010
ISBN: 978-84-8056-296-6
Imprime: GESTINGRAF
Cº de Ibarsusi, 3 - 48004 Bilbao

La ciudad –dijo una vez Max Aub– es un libro que se lee con los pies. La ciudad, en efecto, se lee paso a paso. Y por eso este libro es una travesía, un paseo a través de Bilbao de la mano de un poeta que lee paso a paso, verso a verso, una ciudad, la suya, la de su nacimiento, la de toda su vida.

El poeta desembarca en la Estación del Norte –el punto de partida de esta travesía poética– y descubre que nunca llegó a irse, que nunca se ha marchado, que todos estos años ha sido un pasajero en su ciudad. De manera que, igual que un pasajero, puede subirse en uno de aquellos trolebuses londinenses que atravesaban la *city* bilbaína, regresar a sus días de infancia y volver, con el mismo billete, en el flamante Metro hasta el Bilbao de hoy.

A través de sus poemas y prosas (que conforman una misma escritura poética) el autor nos invita a leer la ciudad de otra manera. Calles y cines, hospitales y centros comerciales, puentes y cielos, cafeterías y supermercados, oficinas y templos. Una estación con una gran vidriera. Un plano de la ciudad. Una consigna en donde almacenar unos cuantos recuerdos olvidados. Lápidas en Mallona en donde conversar con Unamuno y Ramón de Bastera, Aresti y Blas de Otero, Gabriel Moral y Eduardo Apodaca. Y un asombroso Kafka bilbaíno que acaba convertido en autor costumbrista y, al cabo de los años, en fantasma de una vieja mansión de Neguri. Y siempre, la esperanza del mar en el Abra, corazón del mundo.

José Fernández de la Sota ha escrito una guía singular, irónica y dramática, sentimental y lúcida, acre y dulce de la ciudad en la que ha transcurrido su vida, la ciudad que aparece como protagonista y escenario en tantos de sus versos. Un Bilbao en perpetuo movimiento, capaz de renacer una y mil veces de sus propias cenizas. Una ciudad de hierro. Una ciudad de agua. Una nueva ciudad de titanio. Una ciudad de lluvia y de esperanza.

No he de salir de esta ciudad.
Aquí resonarán mis pasos
como el péndulo de un reloj.

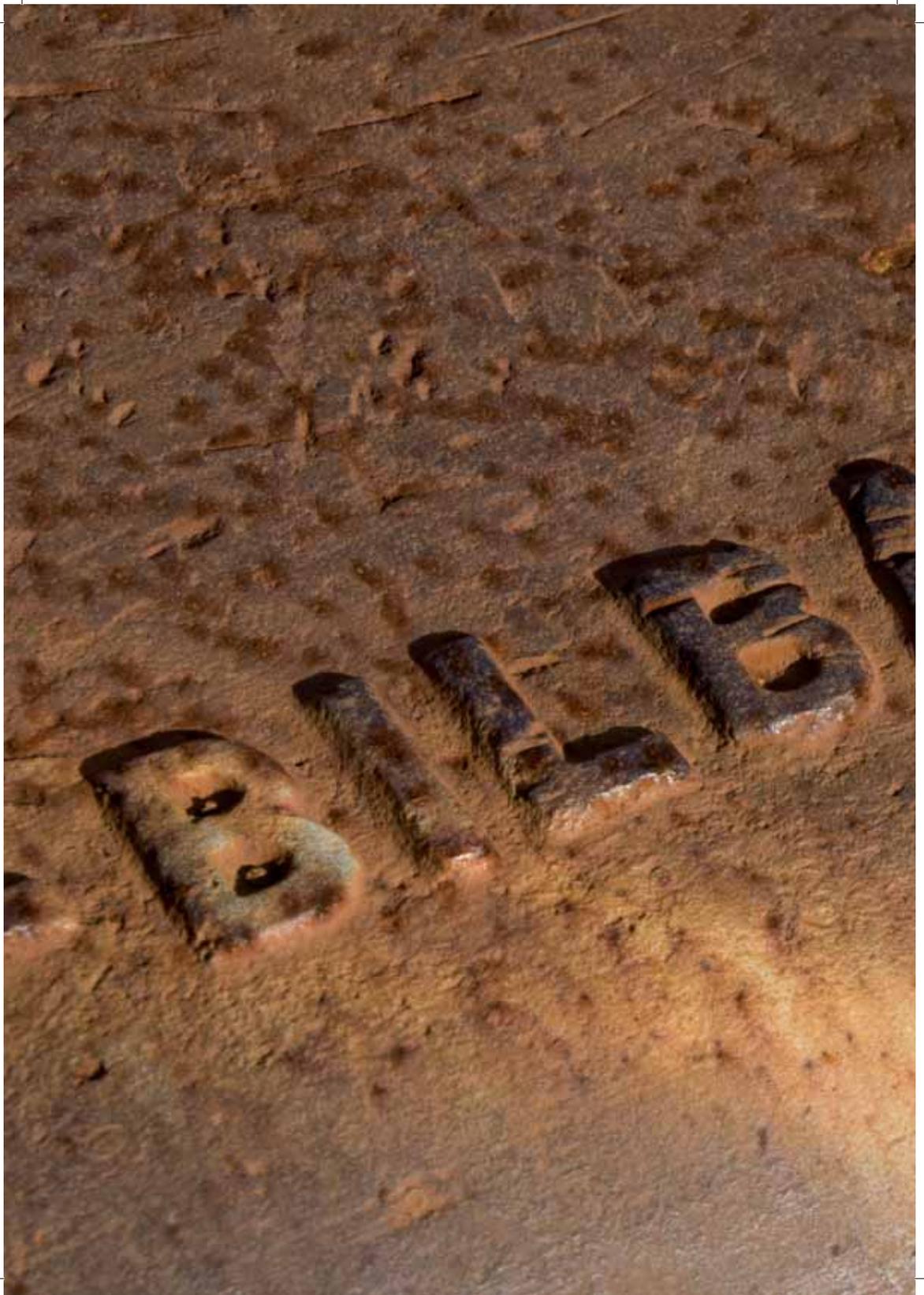
Tejer y destejer las manos y los brazos.
Sigo un horario fijo. Oigo mi propia voz.

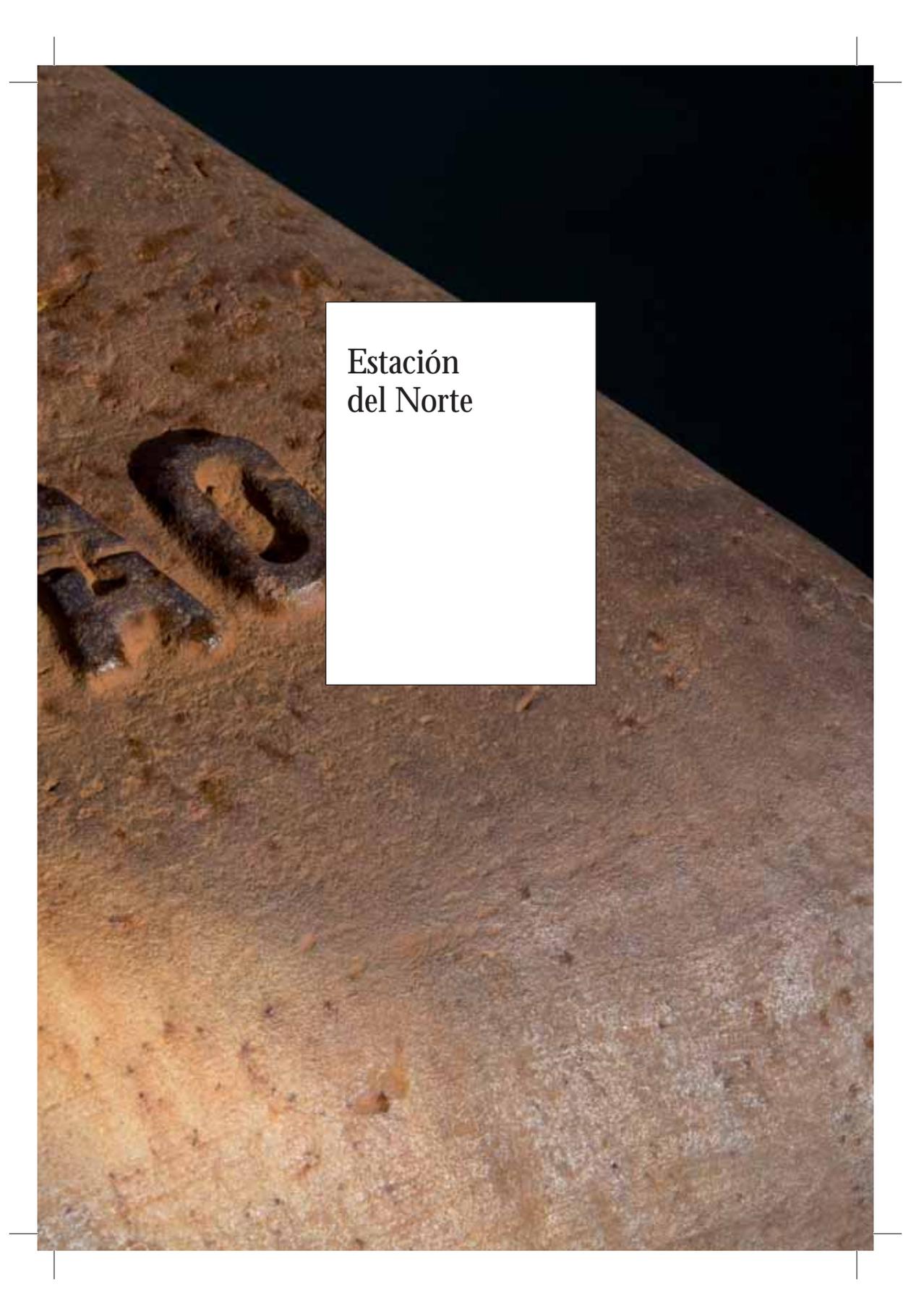
Alfonso Costafreda

Bilboko zimauregian
lore bat
aurtiku nuen.*

Gabriel Aresti

* En el estercolero de Bilbao / encontré / una flor.



A close-up photograph of a weathered, brownish metal surface. The surface shows signs of rust and wear. In the upper left, there are some dark, irregular shapes that appear to be remnants of a logo or text. A white rectangular box is overlaid on the right side of the image, containing the text 'Estación del Norte' in a black serif font. The background is a dark, almost black, triangular shape in the upper right corner.

Estación
del Norte

Estación de Abando

Llueve sobre la Villa una vez más,
como en cursiva sobre gris papel.
Abril mediado y como siempre cruel
en los versos de Eliot y de Blas.

Tras el bardal de nubes no verás
ni un resquicio de luz ni un haz infiel
al tul letal que envuelve con su piel
la escombrera fabril en donde estás.

Igual que tantos en el mismo mes
y en el mismo fanal junto al Nervión
decidirás salir de este antro inglés

de una dichosa vez en cualquier tren.
Pero llegarás tarde a la estación.
Perderás la ilusión en el andén.

Arribo

Ahora estás en Bilbao.
No por cierto en Madrid.
Ni en París. No en la Estación
de Francia, dentro de un tren parado,
hundido en un vagón donde el difunto (feo
como un dolor) Francisco Casavella te perdona
la vida que te queda. Casariego
se apeó del coche antes de que acabase
la fiesta. Era una lata. No es
literatura. Es la verdad. Sucede
lejos de aquí hace casi
mil años. Nada más.

Ahora estás en Bilbao
y lo que ves
es una gran vidriera que te aplasta
y un reloj que te abrumba (o al revés,
da lo mismo). Otro día
tendrás que hablar del tiempo, pero ahora
es la vidriera de la Estación de Abando
la que te manda.

El pecho del amor muy lastimado
porque acabas de llegar a Bilbao,
porque estás en Bilbao y, sin embargo,
nunca has podido irte de Bilbao.

Equipaje de mano

Nadie sabe quién eres, es verdad, ya lo sabes, no importa,
no te importa.

En la Estación de Abando, a estas horas dudosas de la
noche,

nadie sabe de nadie, es preferible, tú siempre preferiste
ser el hombre invisible, el caballero inexistente,
el hombre que atravesaba las paredes, puro humo.

Un equipaje de humo. Un par de manos
vacías como ramas en invierno. Desnudas
ramas romas, eso es: ramas sin ramas
de un árbol abolido, familiar.

Hoyo de niebla

Es tan pequeña esta ciudad murada
y el amor es tan grande que no cabe
en el hoyo de niebla de su nombre.
Creció como un tumor, como un deseo
insatisfecho y cruel. Es tan enorme
esta ciudad murada que se pierde
tu dolor en el hoyo de su nombre.

Árboles

Tu ciudad, la ciudad que ahora mismo te saluda, te da la bienvenida, te amenaza desde la gran vidriera de la Estación de Abando, en su día fue pródiga en árboles sagrados que acabaron en fuego de hoguera. Robles conservadores o tilos liberales, tanto da. La ciudad no soporta las raíces. La ciudad se sacude las raíces. Se las quita de encima o arranca cada ochenta o cien años. No hay manera de echar la vista atrás y ver un árbol, un solo árbol que sepa la verdad, que te cuente tu historia mientras crecen las torres de cristal y hormigón, mientras crece el olvido como crecen el pelo y las uñas, por encima de todos nosotros, contra viento y marea como los marineros que pelean, en la vidriera de la Estación del Norte, contra un mar de metal. Árboles de metal en el viejo astillero Euskalduna. Un bosque de metal. Un museo de titanio. Todo se metaliza en tu ciudad. El jardín de Mercurio es de metal. Mercurio y Hermes son los dos pilares de la villa de hierro. Mercurio corona el ático del Banco de Bilbao, que era el antiguo Banco del Comercio. Con su petaso alado en la cabeza y el caduceo en la mano derecha Mercurio aguarda, Mercurio nos vigila. Minerva corona el Banco Hispano Americano y Ceres, con su cuerno de la abundancia, pasea por la Gran Vía de Diego López de Haro los días de labor. Hermes, hijo de Zeus, patrón de comerciantes



y ladrones, gobierna este lugar con su cayado de oro. Hermes es invisible (puede serlo, ya que tiene ese don como otros tienen caspa o hipoteca) en la vidriera de la Estación del Norte, llena de obreros siderometalúrgicos, aldeanos, marineros, pelotaris, mineros, cada uno en su lugar y todos en tensión, saludando al maestro vidriero de la inmortalidad. Proporción áurea. Olas y chimeneas, convertidores Bessemer, minas y hornos a punto de estallar, produciendo riqueza, fabricando metal sin descanso. A uno, después de todo, después del fatigoso viaje inmóvil que le dejó baldado, le falta el aire viendo tanto esfuerzo que casi puede oler. El esfuerzo del pueblo que no quiere, no precisa raíces que no sean las de su propia fuerza

germinal, las de su propio esfuerzo insuperable alzando y derribando piedras, torres, bancos, catedrales y puentes y altos hornos. Hasta el sofocamiento. Hasta que alguien solloce igual que un perro enfermo y diga estoy cansado y busque un árbol bajo el cielo vacío.

Símbolos aplastantes

Contempla la vidriera de la Estación de Abando y verás lo que es bueno, lo que es noble y sagrado y, por lo tanto, inmutable y eterno. Esa vidriera que admiraron tu abuelo y tu padre cada vez que volvían a casa. Flores amontonadas aguardaban en el recibidor, ya mustias.

Por un momento temes que podría desplomarse sobre ti, que podría aplastarte esa vidriera con todos sus aldeanos, remeros, marineros, mineros, pelotaris y demás figurantes del gran teatro.

Ahora el reloj de la Estación de Abando marca las ocho en punto. Miré los cromos de la patria mía. Ojos de plomo. Rostros de metal. Allí estaban la dicha y la desgracia. La desgracia y la gloria. La gloria y el fracaso. El fracaso y la vena. La alegría y la sangre. La Virgen y el infierno. El río y la corriente y el miedo que se enrosca igual que un bicho alrededor de un hacha.

Regresar es saber que nunca se regresa

Regresar es saber que nunca se regresa porque, sencillamente, uno nunca se va. Lo vas a ver. Sabes que irse es quedarse. Hay ciudades que son telas de araña, cepos para ratones o fanales de los que es imposible escapar como no sea con los pies por delante. Hay ciudades para irse, estaciones de paso, y ciudades que nunca te abandonan. La vidriera está sucia, pero la limpiarán. Se lo has oído a un guarda en el andén, justo cuando acababas de bajar del vagón y otra vez te aplastaba la vidriera con sus tremendos símbolos, con sus pequeños dioses regionales, con su mitología industrial.

En la estación de Amberes los viajeros también son atacados (o atracados, no sé) por un ejército de alegorías. Allí también desfilan, en orden jerárquico, las divinidades de finales del siglo XIX y principios del XX, esto es, la Minería, la Industria, el Transporte, el Comercio, el Capital.

No has estado en Amberes, pero en una novela que leíste (una novela titulada *Austerlitz*) el personaje principal se dedica a sacar fotografías de la estación de Amberes. La novela está llena de esas fotografías y de los comentarios del autor sobre ellas. Aunque no hayas pisado esa estación, no hay forma de

perderse. En torno al gran vestíbulo, repartidos a media altura, pueden verse una serie de escudos de piedra con simbólicos haces o gavillas de trigo, ruedas aladas y martillos cruzados y colmenas de abejas afanosas que representan, dicen, lo dice el narrador de la novela, no la Naturaleza al servicio del hombre laborioso, sino el principio de acumulación del Capital. El personaje principal del relato, además de fotografiar a modo los andenes, vestíbulo y techos de la estación, se dedica a vagar por Europa a través de un laberinto de pasillos, bóvedas, galerías y grutas que dibujan (o él supone que lo hacen) el mapa de su origen. No es tu caso. Sabes de dónde vienes porque no te has movido, diablos, la foto está borrosa y tú no te has movido ni un milímetro. Llevas siglos parado en este andén y nadie dice nada, todos mudos. Tampoco sabe nadie a estas alturas lo que quiere decir (a dónde va a parar) la soberbia, aplastante vidriera de la estación de Abando.

Un hombre busca un árbol

Nadie sabe quién eres ni lo que representa esa vidriera. Eso que ganan, piensas. Deberías hacer como ellos, como esos miles de hombres y mujeres que olvidan y caminan, que tienen el futuro asegurado y no se paran en medio de la calle, en medio de la nada, para hacerse preguntas que no tienen respuesta, ni echan la vista atrás buscando un árbol –roble conservador o tilo liberal– donde ahorcarse. Porque en el fondo es eso lo que buscas: encontrar ese árbol –roble conservador o tilo liberal– donde ahorcarte, pongámonos poéticos, para que a tus pies crezca la mandrágora y una niña la riegue con orina o con lágrimas. Buscas una salida y no hallas otra puerta practicable que la de tu portal. El Ibaizabal pasa bajo el Pont Saint Michel. Irse es quedarse. Regresar es saber que nunca se regresa. En tu ciudad del Norte faltan árboles, nunca hay bastantes árboles, nunca hay bastante amor en ninguna ciudad, en ninguna estación, y también faltan niñas que rieguen la mandrágora con orina o con lágrimas. Ya no queda ni un mugriento escritorio del siglo XIX donde poder decir, igual que el escribiente de Melville: preferiría no hacerlo. Ni siquiera hay lectores de Melville. Ni siquiera hay ahorcados.

Cielos de Bilbao

Bajo el cielo encendido de Bilbao. Los cielos de Bilbao.

Sus cielos troquelados.

Sus cielos modelados.

Sus cielos incendiados por los convertidores Bessemer.

Cielos esmerilados de Dionisio Blanco

y cielos metalúrgicos de Agustín Ibarrola.

Cielos de cadmio en Cruces

y cielos de basalto en Barakaldo y cielos de lindane,

que no falte el lindane en la tierra,

que no falte en Sestao ni en la Vega de Ansio,

en todas partes. Cielos. Altos Hornos.

La química del aire. La física del cielo.

Cielos envenenados en Erandio. Cielos y tierras

removidas, santificadas, sacrificadas

en el altar sagrado de la industria, el altar del dinero.

Cielos para ganar el cielo. El cielo del dinero.

No hay cielo que perder.

Cielos para rezar.

Cielos para llover.

Cielos para volar.

Sala de espera

Acabas aprendiendo que la vida
es una gran, continua, sala de espera gélida
en invierno,
asfixiante en verano.

Una atestada
estación sin descanso.

Un ancho andén mojado en una oscura
ciudad del norte.

Autobuses, aviones, trenes negros
debajo de la lluvia.

Enfermeras azules,
sobres blancos
con tu destino sin destino, penas
de vida o muerte, lentas
cartas que esperas.

Pero no se cumplen
los anuncios fatales porque llegan
taxis, trenes, noticias
de otra parte,
mujeres, autobuses
que tú no sabes y que tú no esperas.

Y eso es lo que sucede.

Ciudad sin ruinas

Hará setenta años se quemó la mayor parte de esta Villa, pero reedificase lucidamente con orden del Rey Don Felipe II, y en ocho de setiembre, viernes, día de Nuestra Señora, año 1651, a las tres de la tarde, sobrevino una tan grande avenida de su río que duró hasta el sábado siguiente a mediodía, pereciendo mucha gente. Iglesias, conventos, casas y haciendas, llevando la puente y un pedazo de su plaza, quedando destruída.

Rodrigo Méndez Silva
(*Población General de España, 1675*)

Tarde o temprano habrá que hablar del tiempo. El cordobés Lucano escribió que las ruinas son los restos del tiempo o, mejor dicho, que las ruinas son lo único que nos queda del tiempo, lo único que nos deja el tiempo de sí mismo. En mi ciudad no hay ruinas. El río se las lleva. No hay sedimentación ni arqueología. En mi ciudad el tiempo se nos va, no nos llega. Agotamos el tiempo. Exprimimos minutos y segundos. Llegamos tarde, siempre nos falta tiempo. Hicimos los primeros una revolución industrial en un país de alpargatas y braseros y mesas camilla, pero fuimos los últimos, los grandes rezagados de la historia, una especie de China en los albores del viejo

siglo XX. Fuimos los chinos de finales del siglo XIX. Ahora llegamos tarde a la revolución de las bandejas, los camareros antes apretaban tornillos y ahora sirven raciones de gambas y cañas de cerveza mientras piensan en la vida del padre del perro que vigila el museo de titanio, en la vida increíble de Jeff Koons y en los tiempos en que estuvo casado con la actriz Cicciolina, diva del porno artístico italiano. Hermosos cuadros plásticos los de la ex de Koons, abrazada a su oso de peluche, sonriendo a la cámara mientras el tiempo huye y el oso de peluche se deshace en sus brazos, se triza entre sus piernas como un trapo intrahistórico. Las gambas se retrasan. La cerveza se acaba. Cicciolina envejece y se apaga. Sólo el padre del perro continúa brillando mientras nos vende cosas –globos y tulipanes llenos de aire– y en la televisión la teletienda ofrece reductores de vientre y mil operaciones de cirugía estética. No hay cirugía ética. Únicamente hay aire. Todo está lleno de aire. La vida es corta, pero el arte es largo, tan largo como el aire. En mi ciudad el arte se fabrica. El arte está en el aire. Lo que se necesita se fabrica o se compra. También compramos aire. Lo que sobra, se tira, como en los restaurantes y en los hipermercados. Los trogloditas mueren de tristeza. En la ciudad lluviosa, maravillosamente, algún vecino consiguió fabricar versos inoxidables. Se pueden adquirir en el vestíbulo de la Estación de Abando.

Parte de todo

Llueve aunque el sol no deje de brillar.
Llueve sin tregua contra los pretiles.
Llueve sobre los huesos y las cosas.
Llueve sobre los hospitales y los cines.
Llueve de todos modos, llueve a mares.
Llueve en Abando sin misericordia.
Llueve implacablemente.
Llueve aplicadamente.
Llueve a decir verdad.
Llueve de veras
como en aquel soneto titulado
1923 (bravo por Blas).
Llueve para beber.
Llueve para vivir.
Llueve para llover.
Llovía ayer.
Hoy llueve.
Mañana lloverá.

Pereza siempre fiel

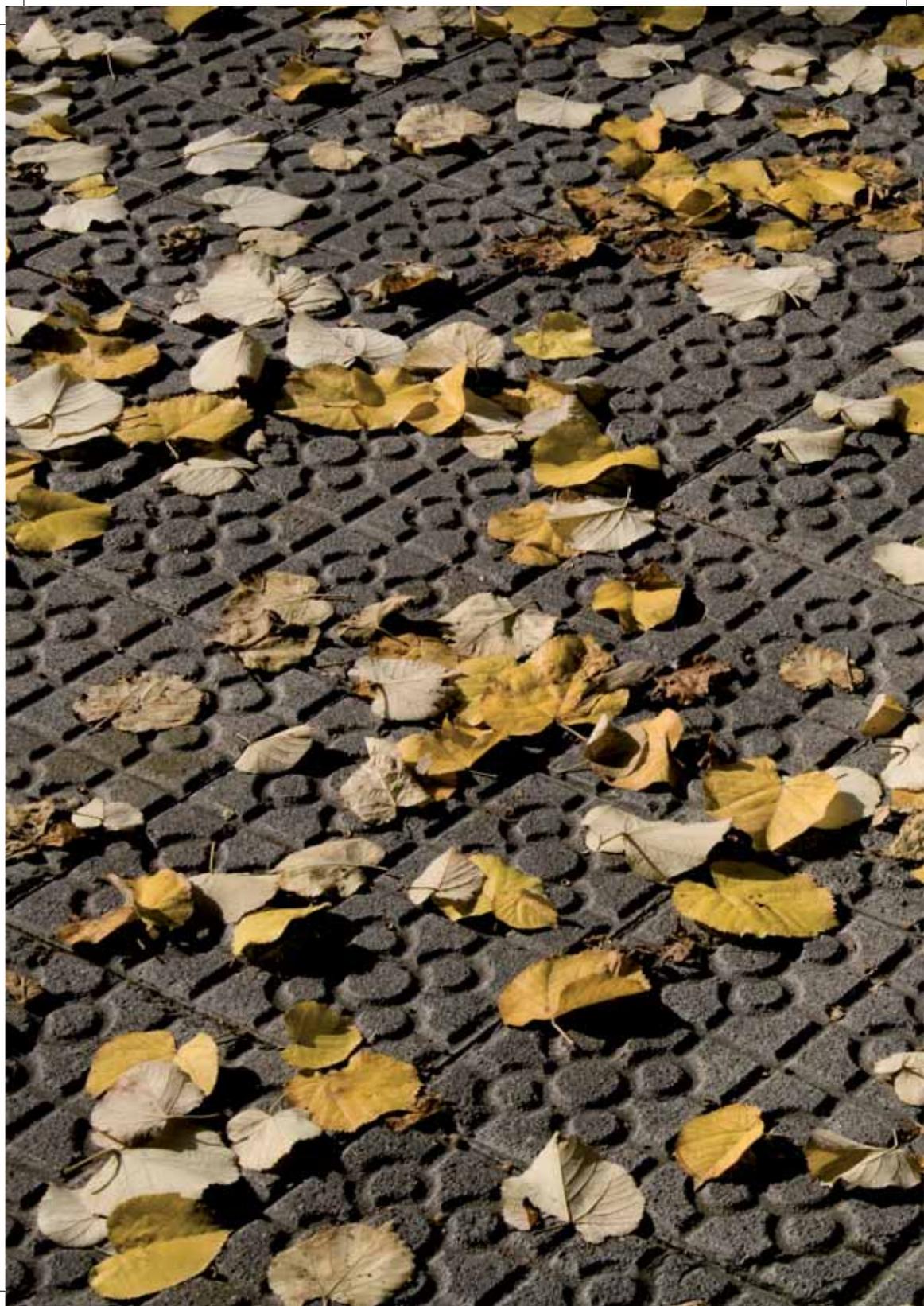
Cada vez que visita la Estación
el poeta maldice su pereza.

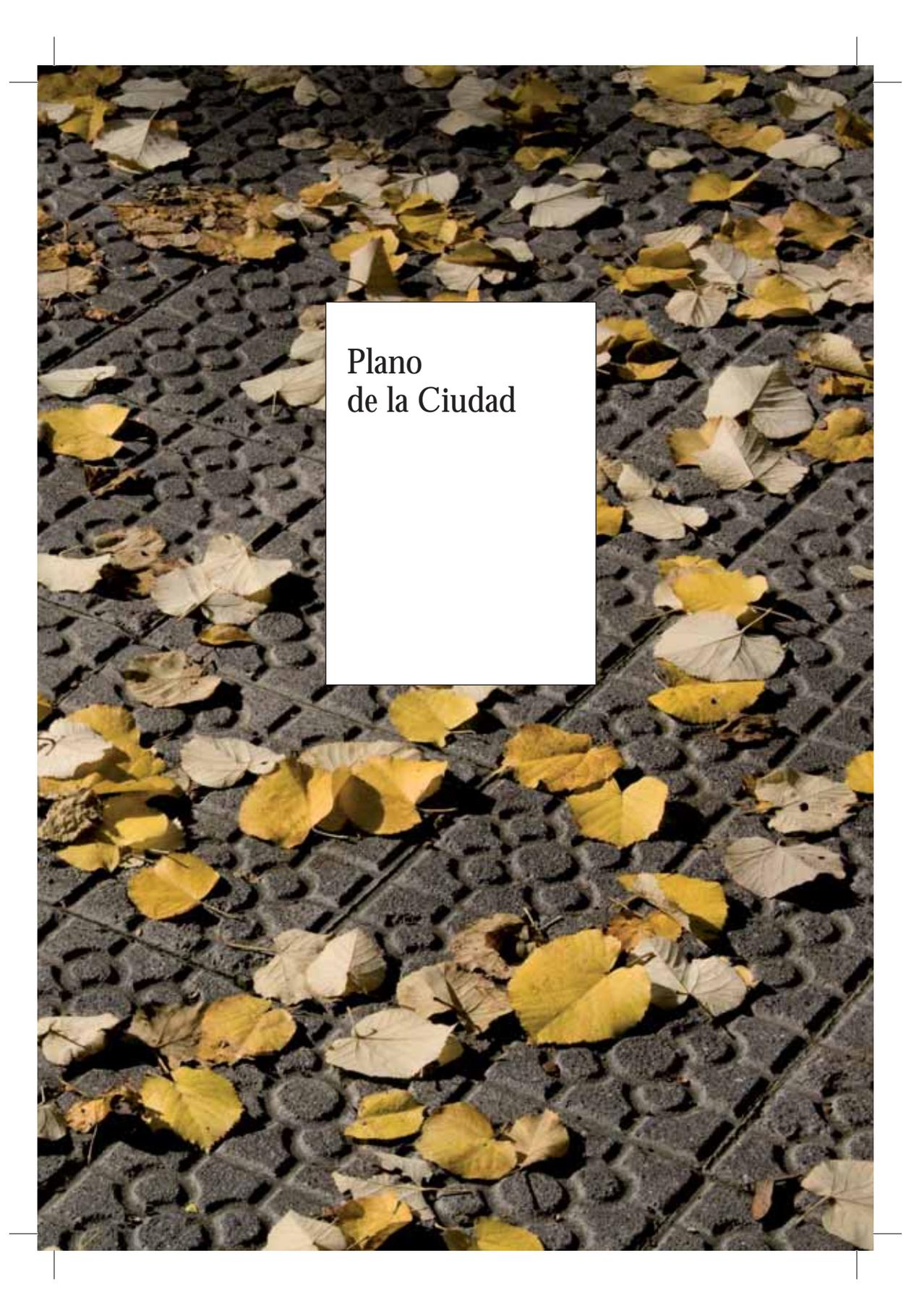
Por ella no crucé los arenales
ardientes de la tierra. Ni siquiera
pisé Tánger por ella en primavera
en busca de Paul Bowles y sus postales.

Por ella no rompí mis credenciales
para iniciar la vida verdadera
enganchando mi suerte a una bandera
como Mac Orlan por los arrabales

canallas de Marsella o Barcelona.
Ni un miserable gramo de aventura
en el petate de mi vida, es cierto.

Se enamoró de mí y no me abandona.
Su mano blanda ofrece droga dura
y por ella no estoy vivo ni muerto.



A photograph of a cobblestone path covered in fallen yellow and white leaves. The path is made of dark grey, rounded stones. The leaves are scattered across the path, some bright yellow and some pale white. The lighting is bright, creating shadows on the stones.

Plano de la Ciudad

Bilbao, forever

Alguien me dijo un día que el bilbaíno y el esquimal son los únicos tipos humanos realmente inconfundibles que quedan en el mundo. Los únicos dos tipos que hasta el más despistado detective podría identificar en una esquina de cualquier metrópoli o en los pasillos de un gran aeropuerto. No lo sé, quién lo sabe, nunca me he tropezado en ningún aeropuerto con ningún esquimal, al menos que yo sepa, aunque según me han dicho debería saberlo, no lo sé, no sé nada. Sé que Bilbao imprime un sello propio (un sello peculiar, característico) a sus asimilados y nativos.

La madre metalúrgica marca a sus hijos con un hierro indeleble. No es un simple tatuaje. No es un vulgar adorno. Es una cicatriz y una divisa. La ciudad tiene plaza de toros. Usando Google Earth podemos verla como un gran ojo bruno, porque la arena del redondel es negra. Antes hubo otras plazas –San Antón, La Concordia– que también barrió el tiempo, también borró la lluvia. Negro albero mojado de Bilbao.

El poeta más grande que ha dado la ciudad, Blas de Otero Muñoz, soñó con ser torero, fantaseó con vestirse de luces. Le vistieron de niño torero en la terraza de su piso bilbaíno, el de Hurtado de Amézaga, cuando el país de los ricos todavía

rodeaba su cintura y el hambre y la vergüenza (la vergüenza del hambre) aún no habían traspasado el portal de su casa. Había un torero tuerto que tocaba el violín en el salón. Candelabros de plata. Ni una sola palmatoria de bronce. En el salón a veces aparece Gustavo de Maeztu detrás de una cortina de cretona. Viene del Gato Negro. Hay un ir y venir de mujeres que nadie puede ver, que nadie quiere ver. Hay una vieja foto de un chiquillo vestido –disfrazado– con montera y capote de paseo. Luego el poeta se la regalaría a Fernando Quiñones con la dedicatoria manuscrita: *Al poema, como al toro: con valor y gracia*. Eso fue mucho tiempo después del gran dolor de estómago, cuando el niño vomitó un gato azul que era el cielo, literalmente el cielo de la Villa. A Fernando Quiñones, una tarde de perros en Bilbao –gato azul, gato negro– le comentó delante de una grúa: “Nuestra octava real es una grúa”. Se lo dijo muy serio. También dijo: “En Bilbao, la procesión va por fuera”. Era Semana Santa. Antes quemó sus versos en una chimenea del Ensanche, ¿dónde si no quemarlos? Luego enterró su fe bajo una estrella, naturalmente roja (dónde si no quemarla con la ayuda de Jorge Semprún?). Buena faena. Les dolió a sus amigos de comunión diaria igual que una cornada esa faena que fue su gran faena. Sólo una vez toreó en la plaza de Orozko, pero viajó a La Habana, a Moscú y a Pekín para orientarse, dijo, le gustaba hacer chistes en serio: “Estoy

destartalado”, me dijo Patxo Unzueta que le dijo cuando en un restaurante le anunciaron que se había terminado la tarta. Le gustaban los dulces. Antonio Gamoneda le recordaba en León comprando una bandeja de pasteles que tuvo que pagar Agustín Ibarrola, que hacía de tesorero de aquella expedición por campos góticos. Frío de muerte en Palencia y calor en Zamora. Claudio Rodríguez bebe con sus ojos de niño abismado las palabras de Blas, el mudo que habla, el ciego que recita a San Juan de la Cruz dentro de un cuarto oscuro, noche oscura del alma, luz de la carne.

Su gran faena fue irse para nunca volver. Volvía y se marchaba. Volvía para irse. Se iba para volver, pero volvía a irse, siempre se estaba yendo de aquel piso de la calle Alameda de Recalde. Todo menos volver para morir. Todo menos morir en esa plaza, sobre el albero negro de esa plaza llamada –sombría carcajada del destino– Vista Alegre. Qué pena. Blas de Otero murió. Blas de Otero cumplió su deseo y murió en Majadahonda, y cuando se murió, sus compañeros, familiares carnales y políticos (sobre todo políticos), amigos y afición en general le tributaron un monstruoso homenaje (desde Carrillo a Rafael Alberti) en la plaza de toros de Las Ventas.

Los poetas de la Villa, cuando están aburridos, hablan de Blas de Otero. Hablan de sus mujeres y sus neuras, de sus faenas y

sus espantadas. Hablan de lo que nadie dice y todos cuentan. Pero nadie –eso no– quiere hablar de por qué le dolían las manos. Dicen que un día de éstos, después de treinta años del final, publicarán sus versos.

Todo el mundo, es decir, el mundo entero (que, según Unamuno, es un Bilbao más grande), desde Pinar del Río hasta Vladivostok, sabía que el poeta más fieramente humano era bilbaíno.

Durante mucho tiempo (y quizás todavía) lo mejor que un poeta podía hacer en Bilbao era irse. Juan Larrea se escapó en cuanto pudo, primero hacia Madrid y más tarde a París con viento fresco, favorable y poético. Unamuno refundó Salamanca con una pajarita de papel y una cruz que llevaba en el bolsillo. No un crucifijo-navajita de nácar como el de Blas de Otero, sino una cruz de hierro, pesadísima, que desfondaba todos sus bolsillos. Si uno no se marchaba, le quedaba el recurso de improvisar el prefascismo ibérico desde los veladores del café Lion D´Or (o mejor Lion D´Ors) junto a Pedro Murlane Michelena y Rafael Sánchez-Mazas, el hombre que fumaba y escribía. Era el tiempo romano pirenaico de Ramón de Bastera y su reloj de sol. Pero no hacía sol en ese tiempo porque siempre llovía en Bilbao.

Qué hacer. Eso se han preguntado varias generaciones de bilbaínos. Qué hacer. Fundir hierro. Hacer barcos. Botarlos. Horadar el terreno. Tal vez, como el beato poeta Jaime Gil, no escribir, no leer, no pagar cuentas. Habitar cuartos negros. Algunos lo han logrado sin demasiado esfuerzo, sobre todo en Neguri. El Athletic es un temblor funámbulo. La ría es una arteria iluminada, una aguja profunda de agua que persigue su norte magnético. Ánades tan absurdos como su nombre indica y patines acuáticos en julio, para llegar a la Semana Grande sin ahogarse. Qué hacer. Las torres de Isozaki atraviesan las nubes abrumadas, seguramente asmáticas del cielo de Bilbao. La belleza convulsa ha ingresado en Basurto. La Catedral se cae y se levanta. San Mamés enmudece. Qué hacer. Escuchar misa. Perder otro paraguas. Guarecerse en el kiosco de música. Volver a casa y penetrar despacio, de puntillas, para que la tarima no se ponga a llorar.

Quiénes somos. Somos esa cuadrilla de lunáticos cuerdos que atraviesa la noche clausurada. Esa cuadrilla última que discute de asuntos peregrinos bajo los soportales de la Plaza Nueva, mientras el mundo arde por los cuatro costados y las Torres gemelas se desploman y la Bolsa de Tokyo hace agua. Somos esa cuadrilla que divaga sobre el dudoso origen de apellidos, topónimos y étimos alcohólicos que se encienden como un fuego súbito bajo el cielo apagado de Bilbao. ¿A dónde vamos?

Vamos a traspasar la puerta del cansancio. A limarle los dientes a la melancolía. A afeitarse las orejas al lobo. A cantar si se puede. Y después a seguir dando vueltas, navegando hasta el alba sin salir de Bilbao, siempre en Bilbao, por siempre, como en un ti vivo, como en un ti muerto.

Días de sol

Días de sol tendidos en terrazas
de agosto. Toldos blancos
y rojos de Bilbao. Leones mudos.
Intermitentes trolebuses lentos.
Almacenes cerrados, vacaciones
bajo un cielo de lona y la sorpresa
del primer chaparrón y el primer beso.

Jardines de Albia

Desembarcaba en los jardines de Albia. Siempre que paso por aquí –por los jardines de Albia– lo recuerdo. Luego olvido el recuerdo, su recuerdo, porque todo se olvida, ese recuerdo y todos los demás. Es lo de menos. Dentro de algunos años también habré olvidado que una tarde del año 2009 escribí estas palabras, recordé estos recuerdos olvidados en los jardines de Albia. Mi abuelo era un hombre alto vestido de franela. Un hombre con sombrero que empezaba a perder la cabeza. Algunos versos rotos en francés. Lápidas en latín. Viejas consignas regeneracionistas: la escuela y la despensa y siete llaves para cerrar con ellas el sepulcro del Cid, a cal y canto. Sigo: le rezaba a Costa. Le había conocido en Zaragoza a principios del siglo pasado. No sé lo que ha pasado. No ha podido pasar sólo el tiempo desde que Joaquín Costa, moribundo, se encontró con mi abuelo en Zaragoza. Hace un siglo. Hace un Sida. Hace treinta canales de televisión. No me dijo si Costa fumaba. Mi abuelo no paraba de fumar picadura y caldo de gallina. Era el veterinario de su pueblo. Amaba sus caballos, amaba los caminos de herradura y deseaba acabar, de una dichosa vez, con el país de caminos de herradura que era también su país, nuestro país, de qué estamos hablando. Quién lo sabe.

Yo sabía que todos los jueves, cada jueves, mi abuelo me veía en el Iruña y luego entre los árboles sin dueño de los jardines de Albia. Cada jueves volvía a Zaragoza, volvía a Barcelona y

volvía a París antes de regresar a su casa encartada. Le gustaba ser dueño de sus árboles mientras soñaba con la reforma agraria. Se ahogaba en el Ensanche de Bilbao y me daba en secreto una moneda antes de abandonarme, en el destierro de los jardines de Albia, con mi padre y mi madre. Aquel año –el año que ahora mismo no consigo olvidar– le obligaron a dejar el tabaco. Un jueves me soltó, de ojos a boca, un poema del poeta José Emilio Pacheco antes de que el poeta José Emilio Pacheco escribiese el poema o tal vez no, tal vez al mismo tiempo, no lo sé. El caso es que mi abuelo había cometido alta traición. “No amo a mi patria”, dijo. No dijo –no me dijo– que su fulgor abstracto es inasible, pero me dijo que era el parapeto, el abrigo de miles de canallas y la fosa común de cientos, miles, millones de inocentes. Y me siguió diciendo que, aunque sonara mal, él daría la vida por más de diez lugares, animales, personas, ríos, cielos y tres o cuatro montes de su país, pero que nunca, nadie, nunca más, nadie más, más banderas, más himnos, más rebaños con yugos y con flechas, con hoces y con coces en las manos. No lo he olvidado aún, tal vez porque el poeta José Emilio Pacheco tuvo la inteligencia de escribir el poema que mi abuelo me dijo en los jardines de Albia con distintas palabras, con palabras que ya no recuerdo porque todo se olvida. Es lo de menos. Dentro de algunos años también habré olvidado que el año 2009 escribí estas palabras, recordé estos recuerdos olvidados en los jardines de Albia y leí a José Emilio Pacheco. Es lo de menos. Lo importante es el eco.

Uríbarri / Indautxu / Ingenieros

Era el número cinco el de mi alma.
En el número cinco regresamos
–mi madre y yo subidos en el rojo
trolebús londinense– a nuestra casa.
Lo mismo que en un sueño recordado
nos acompaña el hormigueo eléctrico
de los cables tendidos y es mi sangre,
intermitente y roja, como el rojo
trolebús que atraviesa la ciudad en otoño.
Yo en el piso de arriba con mi madre,
juventud que se aleja y yo temiendo
su desaparición, yo echando cuentas
dentro del cinco, yo multiplicando,
yo sumando y restando y dividiendo
para saber la duración del viaje,
mientras rozan las ramas de los tilos
las altas ventanillas clausuradas
y extravían sus hojas en el rojo
número cinco que recorre lenta,
intermitentemente la ciudad,
como un cuerpo obligado y conocido,
de Uríbarri a Ingenieros. Hace poco

que sé multiplicar, pero me cuesta
horrores dividir, sumar me asusta
cada vez más. El tiempo pasa, el cinco
sigue siguiendo y yo multiplicando,
dividiendo, rezando, prometiendo
contra su pecho aún firme cualquier cosa
que me duela muchísimo. En mis manos
de siete años cumplidos el temor
recién nacido aquel otoño. Alzado
por el amor al cinco, echando cuentas
dentro del cinco, yo multiplicando,
yo sumando y restando y dividiendo
para saber la duración del viaje
que aquel otoño estaba comenzando.

Plaza de Arriquibar

Antes hubo una loca en esta plaza
martirizada por los estorninos.
Más de una vez giré con un hermano,
sin saber detenerme, la ruleta
de la plaza de piedra.
Ambos perdimos.

Último verano

Como siempre has llegado tarde al banco
del parque.

Junio crece
bajo las blusas jóvenes.

Las viejas
leen el Diez Minutos bajo el sauce
llorón.

Los viejos leen
El Correo Español-El Pueblo Vasco.

Siento,
mientras se acerca un niño de la mano
de su madre al estanque
de los patos,
que de repente es mi último verano.

Mañana en el parque de Doña Casilda

Ignora que otros ojos le contemplan
como un gran espectáculo o milagro
de movimiento y vida.

Se cae y se levanta, ajeno al mundo
que está fuera del círculo perfecto
de su balón de plástico.

Ignora que otros ojos le vigilan
abiertos como platos, paternales.
Un perro se le acerca y es alzado
por una mano firme. El perro ladra
y rueda la pelota sobre el césped
y alguien corre tras ella, la recoge,
se la ofrece de nuevo. La mañana
de domingo es espléndida, redonda
como el sol, como el mundo.
Ni una arruga en el aire.

Pero el tiempo persiste
(tres años son tres años).
El porvenir se impone
—más tarde o más temprano—
sobre el perro que ladra,
sobre el niño que llora,
sobre el balón de plástico.

Tarde en el parque de Doña Casilda

¿Por qué crece la hierba debajo de tus pies?
Lo quieres saber todo y yo no sé,
no contesto, me quedo
abierto como un libro sin palabras
y quieto
como una paloma en el césped.

El corzo
de tu sombra se escapa en un instante
sin sol. Calculo el peso
de tus pasos sobre mi vida: uno
detrás de otro hasta mi pecho y paro
de contar. Yo no sé
casi nada de ti.
Pero yo vivo
con tu manera de mirar.

Me iré,
perfecto en el dolor,
como esta tarde
de domingo en el parque,
con amor,
sin respuestas.

Travesías de Abando

Todos los días salgo a pasear
para ver gente. No por mantenerme
en buena forma física. Tampoco
para huir de mi terca soledad.

Todos los días salgo a pasear
y recorro los parques y las calles
largas de la ciudad. Como los locos
paseo sin cesar, pero lo hago
tan sólo para ver a todos esos
miles de cuerpos que no amaré jamás.

Ciudad (hacia 1980)

Una ciudad inhóspita de cielo encapotado
–algo así como un Londres cruzado de Bilbao
en su peor momento–. Un lago de cemento
en el centro de un parque silente de metal.
Largas calles estrechas y oscuras avenidas
que en la noche se encienden como venas de luz.
Por su caz todo fluye. Tú alimentas al monstruo
con tu vida minúscula. Sedimento de muerte,
todo fluye en su caz.

Ciudad Jardín

Construimos la casa con amor
y era tan blanca como los deseos
que aún no se saben.

No había sombra en ella
acumulada. Una ciudad ajena
a la ciudad, un pájaro
volando dentro de sí mismo,
eso era nuestra casa.

La muerte
no la había pisado todavía.

Pero de pronto ha transcurrido el tiempo
sin darnos cuenta:
un buen día sucede
que ha pasado: unas tardes
entierran a otras tardes, los armarios
se llenan de tristeza,
las alacenas de desesperanza
entre fracasos de cristal y loza,
y los dulces recuerdos se abarquillan
dentro de álbumes negros que nadie abre.

Cuatro perros ladraron en la casa
más un gato atigrado y un canario

amarillo que canta en una cinta
que se borra, se aburre, se ha perdido
seguramente en la gambara y nadie
va a subir a buscarla porque nadie
es quien era en la casa. ¿Dónde estás,
dónde estoy, dónde estamos? Nadie es
lo que pudo haber sido porque nadie
fue lo que pudo ser cuando la casa
era el tamaño de nuestra esperanza.

Es lo que pasa. Entonces, digo, ahora
es el momento de vender la casa
en la Ciudad Jardín. Enterraremos
en el rincón del fiemo los recuerdos
que ya no quiere nadie, ni nosotros
mismos que somos máscaras de aquellos
otros que merecieron nuestra casa.

Muelle de Ripa

Una tarde sin penas
ni alegrías
que se iba consumiendo,
tan sola
como tú y como yo
sobre las blancas
barandillas dudosas
de septiembre.

Salida de ciudad

La ciudad está llena de caminos,
dice José María Fonollosa:
todos son buenos para escapar de ella.
Buscas esos caminos en la noche
y por el día sigues las pisadas
de los que se marcharon –aún no sabes
a qué hora, de qué modo– cuando nadie
podía verles, aunque a veces dudas
de que logran irse en realidad.

Hay letreros que anuncian
SALIDA DE CIUDAD
y tú los sigues.
Quieres creer que dicen
la verdad, que alguien pudo realmente
salir de aquí, pero jamás consigues
atravesar el túnel, alcanzar
la autopista, salvar esa rotonda
inexplicable. Los caminos llegan
a la ciudad, pero alguien que no sabes
cambia señales y confunde rumbos
para tu daño, para que no salgas.

Plaza del gas

El hombre extraño que ahora escribe,
que ahora
verás detrás de la ventana,
estás
viéndolo ya, lo ves, lo acabas
de ver:
está escribiendo solo, está
en su oficina craquelada:
el viento
del otoño sacude su cabeza
de caballo y el Norte
es una herida lenta que nadie entiende,
una oficina sofocante,
un hondo
horno apagado, un hombre
raro que escribe,
un hombre
alto que busca aliento.

Aurora Polar, seguros

A la cuesta de enero te aseguran
la vida, ¿cuánto es todo?,
sin saber si el torrente
volverá al manantial.

A la cuesta de enero
qué te queda: talentos
echados a perder igual que agua
echada al ancho mar.

A la cuesta de enero
qué te sobra: otro año
perdido en la gambara polvorienta
que nadie oreará.

Así ha pasado siempre.
Es lo seguro.
No sabes qué ha pasado.
No sabes lo que pasa
mientras miras
pasar pesadamente nubes,
días
contra el cristal tintado de la Aurora
Polar.

Albada en marzo

Abren los bancos como cada día
cada mañana.

Tiemblan los portales.

Treman los trenes.

Como manantiales
amargos suenan los ordenadores.

En los andenes de las estaciones
los pasajeros suben
con sus carteras y desnudos bajan.

Hacia ninguna parte desde todas
las partes. Rosa rota
de los Vientos, volada.
Hojas ardidias.
Resaca del invierno.

Marqués del Puerto (Notaría)

Todo estaba expresado después de tanto tiempo.
Todo justipreciado después de tanta muerte.
La casa al fin cerrada. Los relojes tasados.
Cada parte partida cabalmente.
El dinero contante
y sonante en sus cuentas,
trabajando en silencio.
Y unas tierras perdidas
en el valle encartado de tu infancia acabada
que hace agua, hace daño,
hace frío pensarlo.

Fuera de la escritura nada queda.
Ni una mañana ni una tarde intacta,
ni una palabra tuya que te dieran
para siempre,
ni un nombre
propio e intransferible,
ni una letra
sólo bordada para ti.

Nada tuyo
fuera de la escritura.

Cervecera de Basurto

Me llevaba mi padre, había vuelto.
Atravesaba el cielo de septiembre
el anuncio flamante de la felicidad.
Me llevaba mi padre. A nuestra espalda
la tarde acariciando los pinares
con la última luz. Palor y sombra.
Azulejos azules y amarillos,
cerveza y gaseosa y en la piel
verano todavía: la avioneta
en el aire anunciando yo qué sé,
qué más daba, volando
y desapareciendo rumbo al mar.

Viajes Ecuador

No existe el Sur,
lo sabes.
Llueve a manta
de Dios sobre esta isla rodeada
de grúas y gaviotas.

Da lo mismo que embarques
para nunca volver.
Irse es quedarse.

Pabellón Jado

El tacto frío del fonendoscopio,
la montura de plata, el cielo azul
detrás de la ventana, las palmeras
brillantes, el dolor, ese dolor, la letra
indescifrable en el papel, la amable
explicación que ya no escuchas, lates
y nada más, no hay más, por hoy no has muerto.

Pabellón Areilza

Haber vivido un día entre mil noches,
entre mil muertes dulces,
fiebres, largas
enfermedades infantiles,
ganglios, lentos
años de destrucción
indestructibles, tuyos.
Entre mil pasajeros pasajero
deshabitado, inmóvil
contra el tiempo
invencible, intratable,
minucioso
asesino de arena.
Haber vivido
un día entre mil noches, te lo dices,
sería suficiente
así las cosas.

Hotel Abando

Eres uno que llega
con lo puesto. Tu nombre
en el registro. Eres
otro huésped fumando
contra el techo, volando
con el mando a distancia
de la televisión, pero no quieres
dejar esta ciudad que no conoces.
No deseas que deje de llover.
No deseas que deje de doler.
No deseas que deje de llorar.
Como los estorninos
vuelas de noche, sigues
órdenes ciegas, miras
sin ver. Como Claude Roy
decía de los pájaros
(pensando en realidad en Malcolm Lowry)
tú no vuelas para ir a otro lugar,
sino para no estar en donde estás
esta noche lluviosa,
este invierno de agosto.

Montañas de humo

De una galleta china de la suerte
salió Bilbao. Puedes creerlo. Puedes
escribirlo con finos caracteres
en tinta negra en un papel de arroz
y después enrollarlo y después
engullirlo. Hay patrañas hermosas
de veras, bromas tristes, gloriosas
tardes de fútbol, monosabios lelos,
corridas prodigiosas, temblorosos
poetas perseguidos por la CIA,
negras gabarras, corazones rojos
y blancos, autobuses Westinghouse,
arte y desarte, tulipanes, perros
llenos de aire, fabulosas tablas
de Flandes, policías y ladrones
de nubes, pescadores de almas,
comedores de angulas, vendedores
de anillos de humo y planchas de metal,
empresarios que invierten en el cielo,
rascacielos que no creen en Dios,
zapatos de alzas para la ciudad,
zapatos de alzas para el corazón,
zapatos de alzas para levantar
el *marazulmahón* todo seguido
del poeta perseguido, secuestrado
por su sombra, caramba, por su sueño.
Montañas de humo que la lluvia borra.

Escalera de noche

Cada noche alguien golpea a su mujer
abajo, arriba,
arriba. Abajo
un camión riega las aceras, rueda
por la Avenida arriba,
abajo, riega
de arriba abajo.
Cada noche arriba
alguien baja y arroja la basura
rápidamente abajo,
más abajo. Allá arriba
alguien duerme a su hija
cada noche, alguien llega
con su dolor al hombro
desde abajo,
con su dolor al hombro
boca arriba.
Con su dolor de pecho cada noche
alguien prende la luz de la escalera.

Arena de Ereaga

Un reloj y un desierto, una ciudad
al sur de cualquier mapa que deshace
cualquier viento y rehace
de la nada, en un libro
que no lees, la mano
desnuda de un maestro de obras ciego.

Un castillo en la orilla, una ciudad
al sur de cualquier mapa que deshace
cualquier golpe y rehacen
de la ruina, con cubo y pala
y nada, sólo arena y dos brazos,
las manos de tu padre en otra playa.

Senderos de Artxanda

Contra nosotros se levantan altos
muros espesos de razones, letras
pesadas como plomo,
duras
leyes de hierro y, sin embargo,
insistes
en la equivocación, te abrazas
a la dulzura del desconocimiento:
gozas
del placer del error,
aspiras hondo
el aire del fracaso tan fragante
como aliso silvestre,
vas y vienes,
frecuentas
los senderos inútiles:
helechos,
aves,
nubes.

Perro perdido (Amézola)

Yo seré pronto (antes
de que ni tú ni yo nos demos cuenta) él.
Me veo entre la niebla y no me veo,
me ves y no me ves. Lejos avisto
su alta silueta lenta. Mírale:
yo soy él, tú eres tú,
ninguno sabe
nada del otro aún. No temas,
dame
tu mano blanca, Esther, estamos juntos,
buscaremos juntos
entre los puestos y los anaqueles
inalcizables de los hipermercados,
entre las cuatro paredes de esta casa
que nadie ha levantado,
entre los árboles cuya semilla
nadie ha plantado aún,
entre los aligustres del jardín que no has visto,
dentro del laberinto, entre la lluvia,
a través de la bruma con tus manos
venceremos al miedo, con tus ojos
encontraremos juntos
al perro extraviado de nuestras esperanzas.

Lindane

Las grandes superficies tapizan el pequeño país. Mi pequeño país, de repente, se ha cubierto de grandes superficies. Las grandes superficies a menudo florecen en campos de lindane. Los campos de lindane son la herencia que algunos creadores de riqueza dejaron en la tierra sobre la que asentaron sus prósperos negocios, próspera industria química de la margen izquierda del Nervión. La riqueza también tiene su precio, sobre todo la ajena. Alguien debe pagarlo. Alguien lo paga. Alguien lo está pagando. Nada es gratis. Alguien lo pagará. Donde antes hubo fábricas ahora crecen las grandes superficies. Donde nunca hubo nada, ni lindane, crecen las grandes superficies ahora. A finales de los años 40 del viejo siglo XX nadie podía imaginar que del ultramarinos, por un lado, y del economato, por el otro, se pudiera llegar a la gran superficie del tercer milenio. A finales de los años 50 se comenzaron a utilizar como pesticidas los productos organoclorados, entre ellos el lindane o el lindano, da igual, nadie se va a morir por un letra, lo normal es morir de cáncer, de un infarto o de un susto de la vida, que no deja de darlos. Era un buen pesticida el lindane. El DDT era un buen insecticida. La Manga del Mar Menor se limpió de mosquitos empleando insecticida venenoso fabricado tal vez en Barakaldo o en Erandio, de manera que gracias al lindane pudo desarrollarse allí el turismo en los

años 50 y 60 y gracias al lindane, de rebote, Lázaro Carreter pudo escribir los guiones de las películas que Paco Martínez Soria protagonizó rodeado de suecas y haciendo de paleta con la boina calada hasta las cejas. Nos hacía mucha gracia aquel cómico. El DDT mataba, pero no lo sabíamos. La editorial Bruguera editaba también la revista de humor DDT, donde colaboraba Vázquez, el padre del inmortal *Anacleto, agente secreto*. En el fondo, todo es una gran broma urdida por los servicios de inteligencia de no se sabe dónde, de sí se sabe quién. Una especie de chiste concebido para que los turistas no se aburran, porque el aburrimiento mata lentamente, a lo peor lo mismo que el lindane de los años 50 que no vemos, pero que nos vigila desde los cimientos del centro comercial. Los hijos y los nietos de las suecas que enloquecieron a Martínez Soria vienen ahora a Bilbao a visitar el suflé de titanio de Frank Gehry sin saber que muy cerca, en la vega de Ansio, por ejemplo, crecen las amapolas en campos de lindane. Nacen con la semilla de la muerte y florecen, sin embargo florecen, florecemos. Los verdes campos del Edén florecen y tú decides hoy darte una vuelta por el paraíso y comprarte una cosa, cualquier cosa, una play o un iPod o un kilo de garbanzos que no vas a comer, vas a comprar, vas a empujar el carro hasta el final, hasta que la cajera de los ojos azules te mire y no te vea y si te ve te diga: “¿Qué hace un muerto como tú en un centro comercial como éste?”

El precio del dinero

¿Habrá vida antes de la muerte?

Antonio Lobo Antunes

La noche es grande como tus manos
vacías.

No es menuda como una moneda
gastada.

Tu hija es menuda como limosna
de pobre.

No es grande como el ojo del amo
del *mall* (no se pronuncia mal,
pero debiera).

El amo del *mall* conoce el precio
de cada cosa.

Tu hija ignora que todo se vende
y se paga.

Tu mujer compra libros de autoayuda
y benzodiacepina.

Y tú no sabes si antes de la muerte
habrá vida.

Comida rápida

Como comida rápida.
Manejo un coche viejo.
Leo libros que ya no se venden.
Sé que mañana es hoy.
Sé que no soy el único en saberlo.
Sé que todo está dicho y sé que sin embargo.
Tengo dolor de espalda. Tengo
cada vez menos cosas. Lo que valgo
es lo que soy. Mentira. Lo que tengo
es lo que valgo. Hay que decirlo. Vengo
de no sé dónde. Tengo que olvidarme
rápidamente. Si me lo propongo
sé que voy a lograrlo. Perderé
las llaves de mi coche. Dejaré
de leer, de escribir, de alimentarme
para la muerte con comida rápida.

Elejabarri, albergue

Un hombre hecho pedazos necesita,
quiere,
busca
encontrarse,
recorre
la ciudad como un ojo sin sueño,
un hombre sin cartera,
un hombre sin sus lentes,
un hombre sin camisa,
sin trabajo,
un hombre sin remedio necesita
un cobijo, una llama,
un metro de esperanza,
una ordenanza de misericordia,
quiere ver una rosa en el centro del mundo,
quiere abrir una puerta de cristal en el muro,
quiere contenedores que abran paso
a huertos subterráneos, pudrideros
donde renazca el aire clausurado
y se restañen todas las heridas.
Un hombre sin abrigo cae redondo
como una piedra al pozo del invierno,
quiere salir a flote, está pidiendo
una mano, una cuerda,
un clavo que no arda,
un perro que no muerda.

Horario de oficina

*Este que vive de su sueldo,
ese que suelda de su vive.*

Julio Cortázar

Horario de oficina donde yace.
Es hermoso matarlo y es feliz.
Plaza de Venezuela humedecida,
hace tiempo que el tiempo acaba aquí.

Vivir es un oficio inmerecido
como esta plaza húmeda, redonda
y vitalicia hasta el final sabido
del infeliz que suelda de su vive.

Hace como que hace y nada crece
en la oficina donde reza y pace
el último en salir. Hay que apagar
la luz antes de entrar, que a nadie ciegue
la luminosidad: aire parado
y agua mineral. Para ataraxia
esta: a mediodía un tentempié
y la fiesta
de ayer en el diario provincial.

Porque todo está bien y porque todo,
es tan irreparable como el pelo

que se pierde, se cae, no se puede parar,
se va marchando, yendo,
imponiendo su ausencia lentamente
lo mismo que la gente. De la vida
uno se olvida a la hora de la siesta.

Cerillas

Medio vacía o medio llena está
mi vida a estas alturas. Voy bebiendo
lentamente mi copa. Voy viviendo
como voy escribiendo. Más allá

late el papel en blanco. Más acá
crece el recuerdo como hierba. Enciendo
otro cigarro que se quema y prendo
otra cerilla que se apagará.

Medio vacía o medio llena está
mi vida a estas alturas. Trastabilla
mi mano tras el humo: voy fumando

mis días lentamente. Alumbrará
un instante mi rostro la cerilla
que suavemente el viento irá apagando.

Mi madre me leía

Soñé esa noche con la casa vieja
de mis padres. Mi madre me leía
el libro de mi vida hoja por hoja
junto a la placa de calor y el día

se esfumaba a través de la ventana
de la cocina como humo. Estaba
Francisco Franco hablando, interrumpiendo
el curso de mi vida. Fue preciso

que mi padre apagase aquella radio.
Luego siguió mi madre, se hizo vieja
muy pronto, se hizo tarde, se hizo el muerto

mi padre aquella noche: estaba muerto
en el centro del cuarto, en una caja,
mientras mi madre hacía que dormía.

Sonetos

Me pasaba las tardes destripando sonetos, sacándoles los ojos, retorciendo sus cuellos de cisne, fumándome catorce cigarrillos delante de sus caras a veces de ceniza, a veces sonrosadas y sonrientes, haciéndoles llorar, claro está, por el humo, ahora que está prohibido, ahora que nada. Quizás porque no había otra cosa que hacer ni que rascar, qué rascar. Rasca y gana un soneto. Otros se entretenían levantando castillos de naipes, haciendo crucifijos con pinzas de la ropa o maquetas del Puente Colgante con palillos de dientes. Unamuno, además de sonetos, hacía pajaritas de papel. Otros se dedicaban a escribir en un grano de arroz una vida de santo, por ejemplo la de San Ceferino, Papa y mártir. Y algún otro escribió sin perder una coma el Quijote y de premio le dieron una calle (la que nunca tendrá Pierre Menard) en un barrio en la falda de un monte. Estas curiosas ocupaciones (como enyesar la pata de una araña) no son del todo raras en Bilbao. Escribir un soneto no es algo natural, pero es algo, no es nada. Escribir cien sonetos indica que algo pasa. En Bilbao algo raro les pasa a los poetas. ¿Por qué escriben sonetos los poetas como no los escriben en Donostia? El soneto es el rey de los decires, decía el *miglior fabbro* de la Villa, al que se le cayeron de las manos, junto al anillo de la Comuni3n, unos cuantos sonetos (ciento veinte,

no vamos a mentir, más alguno que no entra en la cuenta) y en cada uno de ellos, con uñas y con dientes, luchó para que el mordisqueado endecasílabo recuperase lozanía y apresto y para que el poema se extendiera, para que sus catorce versos respirasen como un mar sin riberas y hablasen de la tierra, de la ría y los montes violetas y de las chimeneas que echan humo, para que echen o echaran sonetos que nos intoxicasen de pureza. Otro de los poetas más altos del lugar levantó un Pagasarri de sonetos desde el que se contaban las olas del Cantábrico, las páginas abiertas del Larousse y las figuras del Museo del Parque. Se durmió en los pinares azules y se murió de viejo en brazos de una condesa joven que pintó Zuloaga. Algo pasa en Bilbao. Algo nos pasa.

Fondo de armario

Buscas en los armarios esta tarde
de este noviembre entre esos viejos shetlands
y esas americanas desfasadas
que no son de tu padre, que no han sido

de nadie al parecer, buscas, no sabes
en realidad qué buscas, no te atreves
a decir lo que buscas: esos años
que han desaparecido en los armarios

del tiempo, que han volado, se han deshecho
como alcanfor en los bolsillos. Días
sin rastro, amaneceres, noches

sin dirección, resguardos de otras tardes
que no recuerdas, trastos, tristes perchas,
tristes trajes ajados, tristes huellas.

Inventario

Una casa con libros contra el tiempo
en la calle del aire (es un decir
que se puede ajustar a la verdad).

Una vida pasada en el alambre

de la palabra. Una experiencia al pie
de la letra imborrable. Poesía
de balde en las paredes de la tarde
amarilla que arde. Mala sangre

y buenas intenciones a porfía.

Una cuenta vacía. Un cenicero
(como el de Blas de Otero)

repleto de colillas. Menos ganas
cada vez de escribir. Una mujer
un perro y un trabajo. Otra mañana.

Biblioteconomía

Cuarenta inviernos con algunos tantos
años perdidos entre los papeles.

Cuarenta libros menos unos cuantos
que aún no has escrito pero que te hueles.

Cuarenta estampas de cuarenta santos
que no te crees y cuarenta crueles
historias tristes y cuarenta cantos
nada pisanos en los anaqueles.

Cuarenta letras de cuarenta tangos
de Mastronardi y en la mente cuánto
Jorge Luis Borges minucioso y tanto

Cortázar en un día gravitando.

Y qué enorme el eterno dinosaurio
de Monterroso y cuánto cuento hermoso.

Zubi-Zuri

Perderlo todo, hasta la sombra. Estorba
tanto lastre en el suelo. Alivia el alma
ganar altura renunciando al vuelo.

No saber ya quién eres ni quién fuiste,
ni quién podrías ser una mañana
que no amanecerá. Perderlo todo
en la ruleta al alba: tu silueta
alta y lenta, tu espalda
hecha buhardilla y tanta
ganga en el fondo, cuánta
morralla pura. Es bello
perderlo todo en un instante,
es cierto.

Cerrar los ojos bajo el puente:
amarte
viendo pasar lo que siento.

Puente de la Salve

Las mañanas sin ojos lo contemplan.
Ascienden
las escaleras de hormigón
desiertas. Palpan
la piel del agua, el mar
de asfalto, el viento
desde lo alto del puente
que despierta.

Los camiones del alba lo atraviesan.
Alumbran
su cemento pintado de suicidas sin ojos.
De los mil
oficios que lo han hecho sobre el turbio
río de hierro hace memoria el puente
para olvidarlos luego
oscura, lentamente.

Los pies de paseante sobre el puente.
Los pies
con los que borra el caminante el breve
fulgor del tiempo. El nido
de serpientes de hierro bajo el ojo
ciego del puente. El mundo
en un pañuelo de titanio. El mundo,
lo mismo que una barca pasadera
que la corriente de este río lleva.

Nubes en Elorrieta

Lo mismo que las nubes que se van
y que nunca se quedan. Siempre van
las nubes. Se están yendo,
como tú,
pero están.
Las nubes son.
No se recuerdan.
Ni fueron ni serán.
Van existiendo
y desapareciendo
frente al mar,
frente al mundo.
Nacen, crecen,
se van.

Blancas nubes de paz
que heridas pasan.

Este mundo, república de viento

(Gabriel Bocángel en Alameda de Rekalde)

Antes quiero doblar aquella esquina
y decirle a su dueño que mi casa
también es suya y mía su miseria
y su costra escarlata y su derrota.

Y quiero que me crea y quiero verlo
con su falsa cicatriz cenicienta
temblando en mi ventana. Despedirme
con un pañuelo blanco del mendigo
que llevo dentro, el otro, el habitante
de este mundo, república de viento.

Cuando ahincabas el paso

(Paseo del Campo Volantín)

Cuando ahincabas el paso no sabía
yo que el final de aquel paseo era
esta casa vacía, nuestra casa
sin ti, conmigo dentro. No sabía
que los padres se pierden como anillos
en un estanque, igual que perros ciegos
entre los árboles. Entonces, cuando
ahincabas el paso yo pensaba
que mi madre era joven y tu pecho
(invencible como el de los guerreros,
necesario y eterno como las oraciones)
no dejaría nunca de batirse en la costa
como el mar que no acaba. No sabía
que al apretar la marcha por seguirte
y no perderte estábamos, estaba
convirtiéndome en cauce de tus pasos,
embajador secreto de tu Estado,
cónsul de tu república exiliada,
apoderado de tu corazón.

Cuando tú eras silencio

Cuando tú eras silencio,
antes del primer palpito,
yo no soñé contigo.

Estaba caminando, desandando
mis pasos sobre el mundo
(que era Abando),
leyendo
las vidas de Machado (Antonio),
Juan Ramón (Jiménez),
Villamediana (el conde),
viendo
el desencanto obscuro de los hijos
de Leopoldo Panero (no recuerdo
quién desbarró primero).

Estaba trabajando,
levemente escribiendo,
esperando la carta que el cartero
me entregaba cada mañana y nunca,
nunca llevaba una paloma dentro
(a veces, digo a veces,

traía un muerto). Estaba,
en fin, viviendo,
andando,
divagando
y paseando (sobre todo)
al perro.

Eso es lo cierto. Es fácil
montarse una película al respecto
(una película de serie cielo).
Pero yo soy un pájaro terrestre.

Digo que andaba solo sin tu abrigo
pero no me acordaba de quererte,
no lograba inventarte,
no soñaba tenerte como me tienes.
No soñaba contigo. Refractaba
luz negra un cristal ciego.
Estaba mudo.
Y no soñé contigo
(pido que me perdones)
aquella noche cuando tú no estabas.

Tampoco soy de aquí

Olvido dónde estoy,
y qué remedio.
En el centro de qué,
en lo alto de dónde,
en el fondo de cuándo.

Olvido dónde voy,
no sé mi adónde.
Prisionero me soy.
Huye mi nombre.

Daño me hace pensarlo
y más decirlo.

Olvido esta ciudad
que me contiene.
Prófugo me declaro en rebeldía
de su cloaca navegable ría.

Me fugo en el furgón de la palabra.
Me voy para quedarme y me detienen.

Bilbao-La Robla

Llegó por largos túneles de nieve,
largos años de espera
sin esperanza. Días
como noches. Llegó
con él, sin más, con todo
el frío dentro. Tierra
dura a la espalda. Dicen
que llegó con su frío para echar
leña al fuego, mintieron. Le faltaba
calor. Llegó desnudo. Andaba
deshogado como el humo. Andaba
transparente. Las manos
como bocas abiertas. Los dientes
apretados. Era uno
con las alas heladas a la espalda y llegaron
detrás de él otros cien, mil volando
con sus alas de hielo, alas
de hollín, dijeron, digo
que aquel invierno lo encendieron ellos
volando. Alas de fuego
les brotaron y el cielo,
quiero decir el hierro,
ardía con dulzura inexplicable.

Abando y barra

Vas a tener en cuanto te descuides que marcharte del bar.

Recuerda que esto no es un *after-hours*.

Ni un hospital de sangre.

Ni un juzgado de guardia.

El establecimiento tiene un horario de cierre.

Se barren las colillas. Se baja la persiana.

Se apagan los letreros luminosos.

Queda todo vacío como un prostíbulo abandonado.

Así es.

Será mejor, por tanto, que te apures.

No bebas más sin sed. Olvídate
del mal servicio. Olvídalo. Disculpa
estos vinos acedos, la mirada
de vitriolo del barman. Algún día
tendrás que perdonar. Alguna vez
tendrá que suceder. No es saludable
beber así, vivir (digo vivir)
sin una gota de misericordia.

Está lloviendo. Escucha. Date cuenta:
tu alma es un paraguas que desbarata el viento.

Habrás que perdonar alguna vez.

Vas a tener que irte. Vas a irte.

Tendrás que perdonarte alguna vez.

Toda ciudad

Toda ciudad es un recuerdo
que alguien olvida en algún taxi.
Todo retrato es el reflejo
de uno que pasa y se deshace.

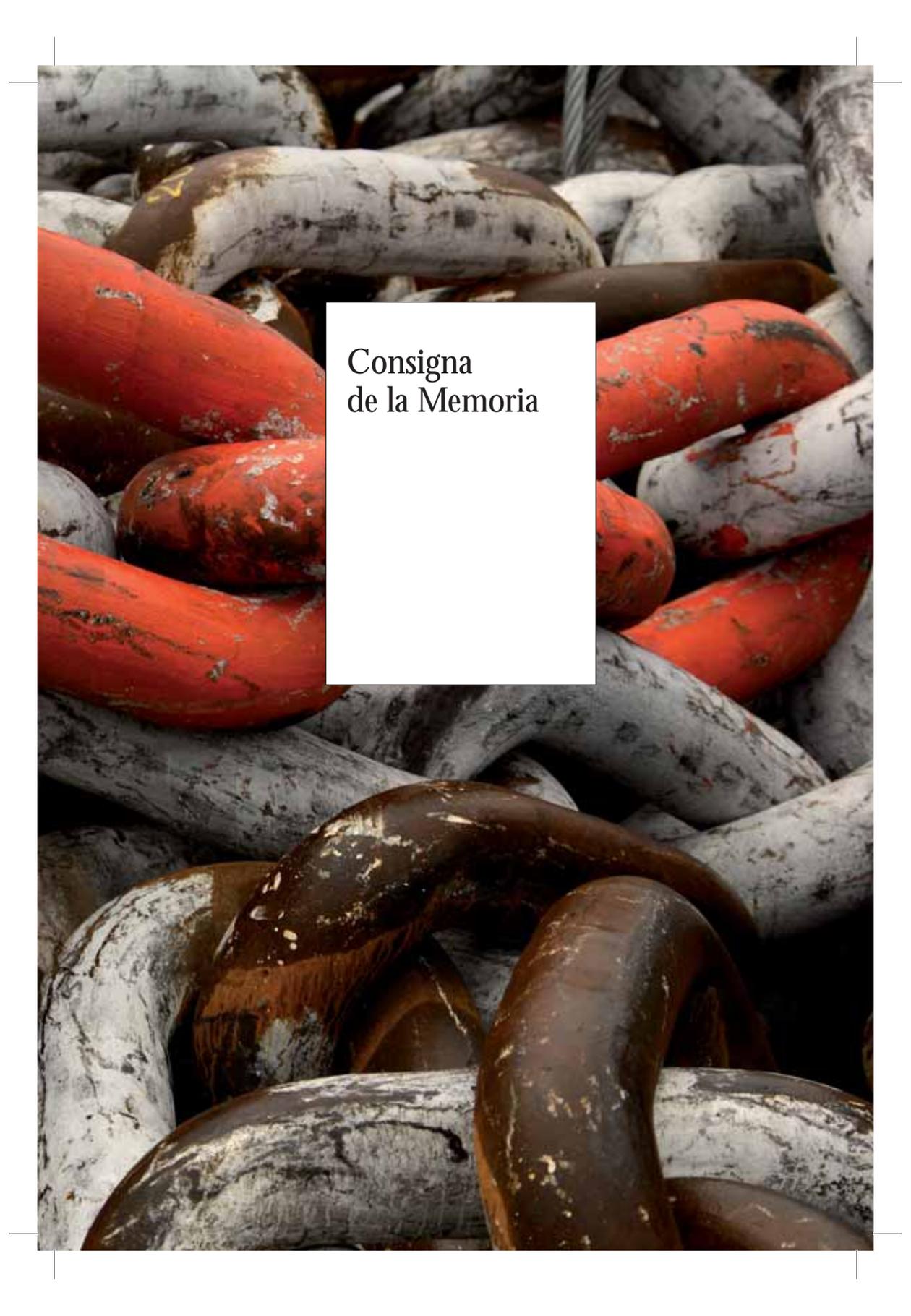
Vivo desde hace muchos años,
más de la cuenta en este teatro.
Todo teatro es un espejo
donde la vida se debate.

Toda mi vida he caminado
por un Ensanche reducido.
Todo horizonte es resultado
de un laberinto sin salida.

Juego desde hace mucho tiempo
sin importarme el resultado.
Toda ciudad es un tablero
ligeramente alabeado.

Todo país es un pasado
imprevisible y fermentado.
Toda ciudad es una herida
y un hospital abandonado.





Consigna
de la Memoria

Unos cuantos recuerdos

Recuerdo a mi tío Paco en la Estación del Norte, bajándose del tren con una gran maleta Sansonite. Una maleta roja para saber que era él, que estaba allí, que acababa de llegar a Bibao y tenía que volver a Madrid y volar a Argentina al cabo de diez días, con su maleta roja, su maleta rodante (ahora todas las maletas lo son, pero entonces era la Sansonite la que rodaba). Mi tío Paco había rodado mucho. Trabajaba en el circo. Era el hombre del hielo. Para eso se había hecho ingeniero (me lo contó mi padre), daba pena contarlo, daba apuro decirlo, daba frío pensarlo aquel invierno del 78 en la Estación del Norte. Por el camino me contó cómo se hacía el hielo, cómo se levantaba y sostenía un palacio de hielo, cómo se convertía todo, finalmente, en cubitos de hielo y polvo helado. Cuando no trabajaba en el circo, vendía y reparaba frigoríficos en Palermo, aunque a veces viajaba a otras ciudades donde le requerían. ¿Para eso se había hecho ingeniero? –preguntaba mi madre. ¿Qué diablos guardaba nuestro tío en la maleta? –nos preguntábamos mi hermana y yo. Cuando al fin colocó su gran maleta roja en el portaequipajes del tren de vuelta, mi padre recuperó la calma y dejó de temblar.

Recuerdo la mirada de Ernst Jünger –azul y fría y casi centenaria– mientras era investido doctor honoris causa por la Universidad del País Vasco. Recuerdo el ruido de los manifestantes y alguna de las cosas que gritaban. Y recuerdo también que José Luis Merino quiso fotografiarse con el hombre de mármol, para su colección de monstruos.

~

Recuerdo que Giménez Caballero nos recordaba en una sala del hotel Ercilla su amistad con Curzio Malaparte. Nos contaba que un día, estando en Roma, Malaparte le había presentado a Sofía Loren y él se había acordado del bilbaíno Ramón de Bastera y de aquel libro suyo: *Las ubres luminosas*.

~

Recuerdo que mi madre me compró una raqueta en la tienda de deportes de Zarra para que conociera a Zarra, porque yo estaba loco por conocer a Zarra, aunque apenas quería jugar al tenis. Y recuerdo que Zarra –alto, fuerte y formal, como un John Wayne vizcaíno y futbolista– no estaba aquella tarde de febrero en la tienda.

~

Recuerdo que en Bilbao, sin darnos cuenta, pasamos un buen día de Zarra a Zara.

~

Recuerdo mis primeras escaleras mecánicas, cuando se inauguró en Bilbao El Corte Inglés. Allí sigo, unas veces subiendo, otras bajando.

~

Recuerdo que Pablo Bilbao Arístegui recordaba la última vez que vio a Esteban Urkiaga, Lauaxeta, antes de que lo fusilaran: salía de una librería de la Gran Vía con las poesías de Antonio Machado bajo el brazo. Y recuerdo que Pablo Bilbao no paraba de decirme que el Grupo Alea (al que también había pertenecido Lauaxeta) no había sido nada. Pablo y Jaime Delclaux, fundadores del grupo, fueron a ver a Juan Ramón Jiménez a Madrid a principios de julio de 1936. Adoraban al poeta de Moguer. Pocos días más tarde el país estalló con todos dentro.

~

Recuerdo que el poeta José María Basaldúa anunció su suicidio y, afortunadamente, nos mintió.

~

Recuerdo que mi amigo Eduardo Apodaca defendía que Unamuno, pese a todo, era un poeta estimable y no un lechuzo con oído de pedernal como opinaba Blas de Otero.

~

Recuerdo que Sabina de la Cuz decía que, en el fondo, Blas de Otero hubiera preferido conducir un camión de cinco ejes a escribir poesía social.

Recuerdo las ofertas de Almacenes El Águila y los zapatos de Calzados Muro.

~

Recuerdo que Regina Soltura contaba que su tío, José María Soltura, gran viajero, mecenas de Unamuno y maestro del gran Ramón Carande, era amigo de Kafka, un escritor de Praga con mala estrella.

~

Recuerdo que José María de Areilza me desaconsejó escribir sobre Rafael Sánchez Mazas: buen poeta, pero espesa retórica. Personalmente, prefería el Madoz y los mapas de Coello, bastante más fiables y menos peligrosos.

~

Recuerdo que James Baldwin no quiso hablar de Jaime Gil de Biedma cuando estuvo en Bilbao.

~

Recuerdo que Gregorio San Juan no olvidaba aquel viaje en tren en el que Blas de Otero no le dijo una sola palabra.

~

Recuerdo la tos estereofónica (no sé cómo lo hacía) de Gregorio San Juan, su enorme y selecta biblioteca y su ancha y generosa erudición.

~

Recuerdo que de niño tampoco me gustaba el palacio de Chávarri. Aunque yo no sabía que allí estaba el Gobierno Civil de Vizcaya, me parecía la casa del horror. Luego vi largas colas de vecinos para entrar al palacio el 20 de noviembre de 1975.

~

Recuerdo que Ramón Irigoyen arruinó con sus chistes una presentación de la revista de poesía Zurgai, y que no nos dejaba de recomendar a Juan Manuel de Prada, no sé bien para qué.

~

Recuerdo que Jorge Edwards cenaba en el Ducale con Beatriz de Moura y no paraba de poner a parir a Neruda.

~

Recuerdo que Ramiro Pinilla me aconsejó: "Procura tener cosas que no te puedan quitar." Y que luego perdí mi columna y eso me consoló.

~

Recuerdo que Javier de Bengoechea fue discreto hasta para morir suavemente cuando todos estábamos fuera.

~

Recuerdo, por si acaso, que no deseo que Félix Maraña firme mi necrológica.

~

Recuerdo que Enrique Mochales escribía unos cuentos fantásticos.

Recuerdo que Ángel Ortiz Alfau perdió un libro muy raro (sólo veinte ejemplares en el mundo) de Estanislao María de Aguirre sobre el pintor Gustavo de Maeztu, y que encontró otro igual, lo cual le pareció, más que un golpe de suerte o una casualidad, un milagro del dios de los libros.

~

Recuerdo que los premios literarios, como dice Felipe Benítez, no son medallas, sino heridas de guerra.

~

Recuerdo que el 27 de diciembre de 1995 recibí una postal desde Valencia de mi amigo Vicente Ferrer, el editor de Media Vaca, con la siguiente cita de Baldomero Fernández Moreno: “Necesito prepararme para todo. Para mí, prepararme, significa dejar correr el tiempo indefinidamente.” “Preparémonos”, añadía Vicente, “para 1996, otro año que viene a tocarnos las narices. De repente un día, sin saber por qué, hagamos planes para vernos.”

~

Recuerdo que Pere Gimferrer, cuando se decidió por fin a venir a Bilbao, intentaba dedicarme su novela *Fortuny* sin decidirse a hacerlo en la página de respeto, en la primera página o en una de las guardas.

~

Recuerdo que el director del periódico me dijo: “Llevar el suplemento literario es como repartir sardinas a las focas.”

Recuerdo que una tarde de 1985, a la salida del dentista, me encontré con el poeta Javier Aguirre Gandarias y que, por nuestra timidez, no pudimos dejar de dar vueltas a la plaza de Indautxu hasta la media noche.

~

Recuerdo las pintadas obscenas en las ruinas del “Cinturón de Hierro” de Bilbao.

~

Recuerdo el apetito desmedido de Antonio Gamoneda. Recuerdo que le dije que mi libro preferido suyo era el *Blues Castellano* y que él no dijo nada, porque lo que quería era que me gustara su *Libro del frío*.

~

Recuerdo que en 1973, gracias a mi estatura, pude entrar en el cine Abando y ver *Cuerno de cabra*. Y recuerdo que, a pesar de todo, no aprendí la lección y seguí frecuentando aquella cartelera barbitúrica.

~

Recuerdo un posavasos del Gato Negro.

~

Recuerdo el chirrido de las suelas de goma en los pasillos del Museo del parque.

~

Recuerdo a Marcos Ana a los 87 años, diciendo que, en realidad, tenía solamente 64.

Recuerdo que, durante once años, fui de Bilbao a Santurce (y también de Santurce a Bilbao) en autobús.

~

Recuerdo que mi abuelo estudió en Zaragoza.

~

Recuerdo que Silverio Cañada me dejó a deber una guía de Bilbao (colección El viajero Independiente. Ediciones Júcar) que todavía anda por ahí.

~

Recuerdo que José Agustín Goytisolo, entre bromas, le decía a Paco Ibáñez que era más vasco que él.

~

Recuerdo que Bitoriano Gandiaga me pidió que le fuera a visitar a Aranzatzu, y que lo fui dejando para luego y que luego fue tarde. Recuerdo el colofón franciscano de sus cartas: “paz y bien”.

~

Recuerdo que Eusebio Abásolo se sabía de memoria muchos cuentos jasídicos.

~

Recuerdo que Camilo José Cela me pareció un enorme muñeco inflado. Recuerdo que llevaba un traje negro, como de empleado de pompas fúnebres, y una especie de zapatos ortopédicos cuando habló sobre Pío Baroja en Bidebarrieta, antes de separarse de Rosario Conde.

~

Recuerdo estos tres versos de José Corredor-Matheos: “Que después de la muerte / hay la nada / o la misericordia.”

~

Recuerdo (gracias a la memoria de Gregorio San Juan) algunos epigramas de Santiago Amón dignos de ser llevados al papel o de brillar en el ciberespacio.

~

Recuerdo el genio de Carlos Edmundo de Ory, y también su idiotez.

~

Recuerdo la inteligencia sosegada de Chantal Mallard.

~

Recuerdo los colores de las piedras de Mauritania que ya no se ven, ¿dónde están?

~

Recuerdo que mi perra me agradeció en silencio (porque sabía hablar) que la ayudase a terminar la vida con aquella inyección. Movi6 la cola y me mir6 a los ojos y llor6.

~

Recuerdo que el preboste, en la presentación de un libro de poemas que no había leído, dijo solemnemente que “si no hubiera poetas, habría que inventarlos”, y se quedó tan ancho y nadie dijo nada, por si las moscas.

~

Recuerdo que el gestor cultural nos dijo (éramos tres poetas, cuatro o cinco pintores, un director de teatro, varios actores y actrices, una diseñadora, una cantante pop y un mimo): “Os digo, amigos, que no sois necesarios; sois imprescindibles.” Y recuerdo que todos nos reímos un poco, incluso el mimo.

Recuerdo el autobús Bilbao-Madrid y, sobre todo, el área de servicio de Lerma un trece de diciembre con siete bajo cero y doscientas pesetas en el bolsillo.

~

Recuerdo, como Juan Carlos Mestre en uno de sus libros, la cita de John Keats: “Poeta es aquella persona que en presencia de otro se considera siempre su igual, sea éste el rey o el más pobre del clan de los mendigos.”

~

Recuerdo que mi primer coche, un Seat 127 de cuatro puertas, procedía de las inundaciones de 1983. Más que un coche, me vendieron un pecio.

~

Recuerdo que hace poco leí en una bitácora canalla la siguiente opinión: “Lo más triste de *Me acuerdo* es que lo único que merece la pena del libro, esto es, la idea, ni siquiera es de Perec, sino de un yanqui que escribió, ocho años antes, *I remember*.”

~

Recuerdo que las señoras fumaban Piper y los hombres Ducados, Coronas, Jean y Celtas cortos. A los catorce años, yo fumaba de todo.

~

Recuerdo una canción de John Cale cuyo estribillo dice: “Podría dormir mil años.” Me sucede a menudo esa canción.

Recuerdo una Bultaco que me hizo feliz y una Montesa que jamás arrancaba.

~

Recuerdo que Jean Paul Sartre dijo, refiriéndose al Gulag soviético: “Si estos campos existieran realmente, no habría que hablar de ellos.”

~

Recuerdo que el novelista alemán Fritz Rudolf Fries, autor de *El dirigible*, nació en Bilbao en 1935. Uno de sus abuelos tenía una oficina en la calle Doctor Areilza (o era en Máximo Aguirre). Todo en la vida es un inmenso embrollo. Nacer es un embrollo. Bilbao era un embrollo desde sus siete primitivas calles. La Alemania del Este era un embrollo y la que vino luego un embrollo mayor: “Yo votaría”, aseguraba Fries, “por ser mejicano o pastor en el Pagasarri.” Las naciones son un maldito embrollo: “Sólo en la fantasía de la ficción se llega a la armonía del universo”, decía el novelista el año 2001.

~

Recuerdo que también yo, durante varios años, tuve una novia de toda la vida.

~

Recuerdo que en 1980 el Circo Ruso sobre hielo de Ángel Cristo y Bárbara Rey despidió a mi tío Paco después de un accidente sufrido por dos osos patinadores.

~

Recuerdo que Elías Amézaga no paraba de trajinar papeles en su torre de Getxo, embutido en un chándal azul y rojo que le daba un aire al último Elvis Presley, con sus kilos de más y sus grandes patillas, enlazando sin dificultades al Canciller de Ayala, Mario Ángel Marrodán, Jorge Oteiza, Michel de Ghelderode, Luis Mariano, el lehendakari Aguirre, la oreja de Van Gogh (no el grupo musical, que entonces no existía, sino la verdadera oreja mutilada del pintor holandés, sobre el que había escrito una novela), Sor Juana Inés de la Cruz (hija de un vergarés), Aviraneta y José María Murga, también llamado el Moro Vizcaíno. Era un gran tipo Elías. No ganó una peseta con los libros. Se arruinó con los libros. Fue feliz en los libros.

~

Recuerdo que Ray Loriga ganó un premio de novela en Bilbao. Y después su cuñado ganó ese mismo premio. Y después no hubo premios de novela en Bilbao.

~

Recuerdo que el bilbaino Manuel Bueno, que era hijo de una monja, fue el hombre que dejó manco a Valle Inclán.

~

Recuerdo el título de un cuadro de Manolo Millares que vi en el Museo del parque de Bilbao: "Humbolt en el Orinoco".

~

Recuerdo que José María Millares, hermano del gran pintor canario, tenía pocos dientes y mucha poesía. Recuerdo que escribió en *Liverpool*: “Porque además de un hombre como vosotros, soy un poeta, / y un poeta es un corazón más sobre la niebla del mundo.”

~

Recuerdo que empecé a beber tarde y que ahora es tarde para recuperar el tiempo no bebido.

~

Recuerdo que mi abuela era hinchada del Arenas y que me hablaba mucho del defensa Careaga y el delantero centro Yermo, que al parecer era también ciclista y motorista, además de hombre guapo.

~

Recuerdo el Tiburón que no tuvo mi padre y el Seat 1500 que nos duró veinte años. Aquellos eran coches.

~

Recuerdo aquellas vírgenes de fósforo que vendían en Begoña y, dentro de la cama, servían para leer de noche. Yo leí a Henry Miller a la luz de la *amatxu* de Begoña.

~

Recuerdo que José Luis Merino le preguntó a Jaime Gil de Biedma: “¿Un buen poema es un beso interminable?” Y que el poeta catalán contestó: “Lo interminable es lo más opuesto al arte. Y un buen poema lo mismo puede ser un beso que una patada.”

Recuerdo que a principios de 1990 vi *Escuadra hacia la muerte*, de Alfonso Sastre, en el teatro Arriaga, mientras la plaza Elíptica era desmantelada y se iniciaban las perforaciones del Metro de Bilbao y otra serie de obras que nos convertirían, según los políticos municipales, en “una ciudad amable.”

~

Recuerdo que Miguel Quiroga, hijo de José María Quiroga Pla y de Salomé Unamuno, es decir, nieto de Miguel de Unamuno, le contaba a Francisco Yndurain que una tarde, al volver del colegio, le comentó a su abuelo: “Nos hablan de Dios, Dios, Dios, pero nadie nos dice qué apellido tiene.”

~

Recuerdo al Cojo Manteca dando una conferencia en Iturribide, al pie de una farola y con una muleta en el aire.

~

Recuerdo que Claude Simon dijo en Bilbao que era amigo de Tapiès y que no había leído una sola novela de Cela. ¿Quién era Cela?

~

Recuerdo que el cantante Pepe Extremadura tenía una furgoneta de color naranja. Recuerdo que vivía en Otxarkoaga y que hizo un disco dedicado a Gabriel y Galán y cantado en dialecto extremeño. Rock castúo, se llamaba la cosa.

~

Recuerdo la Librería Bilbaína de la Plaza Nueva. Y recuerdo a su dueño, que era Pepe Gorriti y había hecho circular bajo su mostrador, en el franquismo, muchos libros prohibidos que cuando yo le conocí daban algo de risa y mucha pena.

~

Recuerdo que José Agustín Goytisolo tiene un poema dedicado a Bilbao –“Bilbao song”– que siempre me ha gustado mucho más que la canción de Brecht. “Yo conocí Bilbao”, escribe Goytisolo, “yendo a comprar cristales / para una empresa en la que trabajé / y aunque después la he visto muchas veces / pienso que como entonces / no la veré jamás / con su café de gatos y mujeres / en aquel barrio hermoso / como la muerte y luego / anatemas, murales, niños blancos / llevados por niñeras increíbles / luz de plomo y carbón / en los paseos / y monjas, monjas, monjas.” El poema termina en La Palanca, que es nuestro memorable barrio chino: “Tanto placer y sólo por diez duros.”

~

Recuerdo que a mí también me tragó el Gargantúa.

~

Recuerdo los años griegos (los años del crepúsculo) de Federico Krutwig. Le recuerdo entregando su artículo mensual en el periódico del Ayuntamiento, varado en la oficina municipal como una ballena enferma. “Una persona que sabe hablar

el griego clásico”, decía, “tiene una visión mucho más rica, completa y justa del mundo exterior, y en consecuencia podrá actuar con mayor certeza que una persona que sólo hablase en latín, inglés o alemán.” Hablaba el griego clásico igual que el castellano, el alemán y el vasco. Recuerdo que denostaba el euskera batua, al que llamaba esperanto vasco. Amaba el labortano. Vivía solo. Merecería haberse llamado Asklepios, como el griego de Miguel Espinosa.

~

Recuerdo que a mi padre no le gustaba Félix Rodríguez de la Fuente, quizás porque el invierno de 1938, cuando hacía la guerra a la fuerza, estuvieron a punto de comerle los lobos. El que sí le gustaba era Alfredo Amestoy, y también Kiko Ledgard.

~

Recuerdo que Juan Larrea se refería a Bilbao como “ciudad-pecera de cielo esmerilado”.

~

Recuerdo que en la ciudad había aún, cuando yo era pequeño, afiladores, mieleros y carbonerías. También había carros de gitanos que circulaban tranquilamente por la prolongación de la Gran Vía.

~

Recuerdo las estaciones de Desierto-Erandio y Desierto-Barakaldo, y las llamas de las chimeneas de Altos Hornos brillando en la noche como en una visión de William Blake.

~

Recuerdo el viento de Saltacaballos que me descabalgó de una Benelli.

~

Recuerdo mi despacho de la plaza de Ernesto Erkoreka, decorado con retratos de Luis Martín Santos, Juan Rulfo y Dylan Thomas dibujados por Paco Aliseda. Y me acuerdo de Paco Aliseda fumando y regalándome el último *Veneno*, con un poema de Daniel Samoilovich titulado “Rusia es el tema”: “Rusia es el tema: ¿de dónde saca tantos libros? Hace calor. / Afuera, el sol ablanda el asfalto y estoy cansado. / Para mi asombro, mi abuelo habla mal de toda la familia: / es un personaje de historieta / rodeado de arañitas cirílicas encerradas en un globo blanco / como esos insultos tan atroces / que el guionista no acertaba a expresar sino por víboras, / espirales, pequeños hongos atómicos de mal humor.”

~

Recuerdo que lo bueno es olvidar, ¿pero cómo olvidar ese despacho y los primeros síntomas de un infarto agudo de miocardio que en cuarenta minutos llevarían al hombre invisible a la cumbre del mar del dolor?

Recuerdo que los primeros versos de *Cumbre del mar* los escribí, dentro de mi cabeza, en una cama de la Unidad de Cuidados Intensivos del Pabellón de Cardiología del Hospital de Basurto.

~

Recuerdo que a mi tía Carolina la llamábamos Nessi, como el monstruo del lago. El problema es que no había lago.

~

Recuerdo que Joseba Sarrionandia me llamaba tocayo en una carta, después de traducir al euskera mi poema “Ojalá”, el mismo poema con el que pienso terminar este libro que empezó en los andenes de la Estación del Norte.

~

Recuerdo estos tres versos de Rosario Castellanos: “El que se va se lleva su memoria, / su modo de ser río, de ser aire, / de ser adiós y nunca.” Pero a veces nos vamos antes de irnos. Un dios quizás clemente nos apaga la luz, nos vacía la maleta Sansonite (¿qué tenía esa maleta, de quién era?), nos libra de nosotros.

~

Recuerdo que, en Bilbao, los helados venían de Alaska y el pan era de Viena.

~

Recuerdo que la maleta roja de mi tío tenía cerradura, y que intenté forzarla, y que no pude. Era inviolable aquella Sansonite.

Recuerdo que el amor siempre es más fuerte.

~

Recuerdo que a mi hija se le ocurrió nacer el día de San Ignacio en la misma ciudad que su padre.

~

Recuerdo que Francisco Casavella, con su cara de niño agigantado, me repetía en la Estación de Francia lo que dijo otras veces: “La vida es terrible, pero no es seria.”

~

Recuerdo que cada vez que me piden limosna y no la doy, me siento mal durante unos minutos, no más de cinco.

~

Recuerdo los controles policiales en el Alto de Enekuri, cuando me dirigía al Campus de Leioa, y el miedo peligroso, incontrolable, de unos y otros, de todos, de los controladores y de los controlados.

~

Recuerdo que *La broma infinita*, además de una novela pantagruélica de David Foster Wallace, es la vida.

~

Recuerdo (no recuerdo, tengo que consultar mi biblioteca) que Darío Jaramillo escribió en *Historia de una pasión*: “Sé que hubo un día en que supe que era la poesía lo que más me importaba, lo que más me importaba en la vida. La poesía en su sentido más amplio y desaforado.”

Recuerdo que un cogote de merluza puede ser poesía, y también unas buenas lentejas. Y también, por supuesto, un buen vino y un buen cigarro puro.

~

Recuerdo que el infierno es el plató de una televisión local en las fiestas de agosto.

~

Recuerdo que el chirenismo no se cura. Felices los chirenes.

~

Recuerdo que Itsas Burni es un paraíso que riega Julia Otxoa con la ayuda del escultor Ricardo Ugarte.

~

Recuerdo que escribí una biografía del poeta Juan Larrea, y que los editores me obligaron a reducir sus cuatrocientas páginas a la mitad. Y que tuve que hacerlo en un fin de semana que no deseo a nadie, cuarenta y ocho horas que prefiero olvidar. Saturno devorando a su criatura. Y el viejo Juan Larrea dando gritos (víboras, espirales, hongos atómicos de Daniel Samoilovich) desde la Vía Lactea.

~

Recuerdo que el tío Aquiles, el chiripitifláutico del traje tirolés, se apellidaba Armario. Y que murió en Madrid en el año 2000 y me dio mucha pena.

~

Recuerdo que me he tragado todos los anuncios del mundo en verso y prosa, y que por culpa de ello mi memoria se debe parecer a un Carrefour, sólo que con productos caducados.

~

Recuerdo que vi a los príncipes de España en Santurce, desde el patio del colegio, y que meses después los volví a ver, desde el Seat 1500 de mi padre, en las escalinatas del Pazo de Meirás, al lado de un anciano diminuto vestido de blanco. Aquella temporada nos veíamos mucho.

~

Recuerdo que me hicieron una fotografía con el museo Guggenheim a medio hacer como fondo, es decir, con medio Guggenheim a mis espaldas como media pirámide de Egipto o media torre Eiffel.

~

Recuerdo que en 1972 quise aprender euskera (aunque no lo logré) con un método llamado *Nora Zoaz*.

~

Recuerdo que cada vez que no me nombran, me suenan los oídos. Eso nos pasa a todos, aunque algunos no quieran admitirlo.

~

Recuerdo que a Luis Antonio de Villena le llaman el Señor de los Anillos.

Recuerdo los graffitis que unos cuantos gamberros (G.K. Chesterton entre ellos) hicieron en las ventanas de la casa de Shakespeare.

~

Recuerdo que cada vez que me preguntan: “¿Qué haces?”, yo respondo: “Caminar en la nieve.”

~

Recuerdo que he cometido nueve libros de versos y que, a pesar de todo, no logro arrepentirme.

~

Recuerdo que en 1989 nos reuníamos en La Concordia, cada jueves, María Maizkurrena, José Antonio Blanco, Matilde de la Iglesia, Eduardo Apodaca, Antonio Pinto, Eduardo de la Puente, Juanjo Lanz, Rafa Salcedo y otras personas, supuestamente humanas, que aparecían y desaparecían mediante algún sistema de teletransporte.

~

Recuerdo que una tarde Matilde de la Iglesia nos contó entusiasmada que su hermano pequeño había escrito el guión de *Acción mutante*, una historia que nunca podría llevarse al cine, pero sí al cómic, claro.

~

Recuerdo que colaboré en una revista que dirigía en Burdeos mi amiga Ana Román. Una revista que se decía A punto y se escribía A.

Recuerdo que mi padre nos contaba que vio rodar *El tigre de Chamberí* en Madrid, mientras preparaba unas oposiciones que suspendió, quizás por culpa de Tony Leblanc.

~

Recuerdo que, al final, todo acaba convirtiéndose en una colección incompleta, igual que estos recuerdos.

~

Recuerdo los limones de Juan Antonio Canta como frutas extrañas, rodando por las aguas enfangadas del Mississippi.

~

Recuerdo que a estas horas Ezra Pound seguirá caminando por Venecia en alguna ventana de YouTube.

~

Recuerdo las tempestades de cemento de las últimas décadas. Todavía salpican parados.

~

Recuerdo que el deber de todo poeta es estar siempre atento, pero a qué. Digamos que a las nubes. El poeta es el hombre del tiempo, de su tiempo, del nuestro.

~

Recuerdo que uno de los lemas de Jorge Riechmann es: “Hacer lo justo y esperar lo inesperado”.

~

Recuerdo que Josep Pla decía que, a partir de los treinta años, la gente inteligente no lee novelas.

~

Recuerdo que el poeta Juan Antonio González Iglesias me recordaba en el muelle de Ripa que en la Iglesia de Oriente, en el momento de la comunión, se dice: “Lo bueno, para los buenos.”

~

Recuerdo que, de momento, voy amando.

~

Recuerdo que los grafómanos siempre me han parecido gramófonos.

~

Recuerdo nuestro tiempo de silencio, que fue otro que el de Luis Martín Santos, pero igualmente sórdido. Nuestros años de plomo.

~

Recuerdo el último naufragio del Consulado de Bilbao por culpa, como siempre, de la lluvia.

~

Recuerdo que Bilbao, como dice Juan Carlos Eguillor, es una ciudad que se parece a Kafka. Como Kafka, menos adusta de lo que parece y con un soterrado sentido del humor. Como Kafka, más alta que en las fotos.

Recuerdo que el artículo primero de las ordenanzas del Kurding Club bilbaíno era el siguiente: “Artículo Primero: No hay artículos.”

~

Recuerdo que Eduardo Arroyo quiso ejercer de deshollinador en una chimenea del Parque de Etxebarria.

~

Recuerdo que Rafael Azqueta, aquel bilbaíno amigo de Paul Bowles, Gore Vidal, Truman Capote y Emilio Vaz de Soto, nació en Neguri, frecuentó Tánger y acabó en Comisiones Obreras y comprándose un piso en Otxarkoaga. Entrar en las chabolas de Bilbao fue para él, según cuentan, como entrar en “El Grito” de Munch.

~

Recuerdo la lucha libre en La Casilla, y también la gaseosa con cerveza en Basurto. Hay un poema sobre ello en este libro.

~

Recuerdo que el poeta Alfonso Irigoien era noruego.

~

Recuerdo aquello que me dijo un ilustre abogado de izquierdas: “En casa, hasta el servicio era comunista.”

~

Recuerdo que la revista de poesía Zurgai antes se llamó Yambo, aunque nadie sabía qué diablos era un yambo.

Recuerdo que conocí al poeta Pablo González de Langarika en 1979, y que era tan tozudo como ahora, aunque con menos kilos y más pelo, y que siempre me ha echado una mano, sobre todo en los tiempos de procela.

~

Recuerdo la revista Euskadi Sioux.

~

Recuerdo que no escribo porque recuerdo, sino que escribo para recordar.

~

Recuerdo que, como casi siempre, Borges tiene razón al sostener que no hay verdad que no sea conjetural.

~

Recuerdo que, según Justo Navarro, escribir es hacerse pasar por otro.

~

Recuerdo que Witold Gombrowicz pronunció en 1947 en Buenos Aires una conferencia titulada “Contra la poesía”, y que estaba cargado de razón.

~

Recuerdo cuando todo el mundo hablaba del “Eje Atlántico”.

~

Recuerdo una fotografía de Antonio Ordoñez en la enfermería de la plaza de toros de Bilbao, tendido en una camilla, y a su lado Ernest Hemingway.

Recuerdo que mis mejores poemas son los que nunca he escrito. Nadie los estropeará.

~

Recuerdo que un chovinista (de país o de ciudad) es lo más parecido a un amante baboso e insincero.

~

Recuerdo que en la tómbola de la Cruz Roja de la plaza de Indautxu, en 1968, gané un jamón serrano. Fue el suceso del año.

~

Recuerdo que, a menudo, las pretensiones poéticas acaban con el poema.

~

Recuerdo que el mes pasado recibí el último libro de Jorge González Aranguren, *Qué perezosos pies*, y que el libro es magnífico como su título, tomado de unos versos de Quevedo.

~

Recuerdo, cada vez que oigo el tema de Gabinete Caligari, que la suerte, en efecto, es como un pez.

~

Recuerdo que el director de mi periódico dijo: “Estás desperdiciando tu talento en esta empresa”, y que me eché a temblar.

~

Recuerdo lo que afirmaba Ludwig Wittgenstein: “Sólo hay algo peor que ser filósofo: ser periodista.”

Recuerdo que el poeta Gotfried Benn pidió que sus cenizas fuesen guardadas en una caja de Nescafé y después aventadas.

~

Recuerdo que gran parte de los mejores libros de mi biblioteca fueron libros de saldo y de lance.

~

Recuerdo que Ramón Eder, en uno de sus precisos aforismos (qué redundancia), escribe: “El pedante es aquel que con tal de enseñarnos todo lo que sabe, es capaz de enseñarnos todo lo que ignora.”

~

Recuerdo que Chillida realizaba sus dibujos de manos con la mano izquierda, y que tal vez por eso son magníficamente imperfectas, hermosas y reales sus manos dibujadas.

~

Recuerdo los tejados de uralita (verdes, azules, blancos) en todas partes. La infancia de uralita. La adolescencia de plástico. La juventud de metacrilato. La madurez de qué.

~

Recuerdo que en mi último cumpleaños, durante unos segundos, deseé que en lugar de un mini ordenador me hubieran regalado una mini Uzi.

~

Recuerdo que Juan Rulfo es uno de los grandes poetas de la lengua.

~

Recuerdo que los autores jóvenes fingen en sus poemas una melancolía que no tienen, y los viejos tratan de hacernos creer que sus libros son himnos a la vida. Estamos rodeados, por lo tanto, de falsas elegías y de himnos falsos como euros de plomo. Nadie está tan contento ni tan insatisfecho como pretende.

~

Recuerdo el mapa de Bonanza ardiendo, el gorro de castor de Daniel Boone, los disparos del rifle del Hombre del rifle y el caballo sin nombre de El Virginiano. Nuestra época tuvo también su épica.

~

Recuerdo que Rafael Sánchez Mazas afirmaba que los buenos poetas son los que hacen llorar a las mecanógrafas.

~

Recuerdo que el anticuario Antonio Otaño contaba que en los años 50 del siglo XX compró un Goya por quinientas pesetas. Más tarde lo vendió, pero ya no nos dijo por cuánto. En sus últimos tiempos repetía: "La gente pasa, pero las cosas quedan." ¿Dónde habrá ido a parar la deslumbrante cacharrería de Otaño?

Recuerdo que Unamuno escribió que una vez le preguntó a su amigo José María Soltura: “Y usted, ¿qué produce?”. “¿Yo? Yo no produzco, consumo”, le contestó Soltura. Alguien tenía, en efecto, que pagar y leer y admirar los libros de Unamuno.

~

Recuerdo que en los años 70 el médico dentista me empastaba las muelas fumándose un pitillo y dejando caer la ceniza encima de mi pecho. Fumaba Chesterfield.

~

Recuerdo que a Win Wenders le gustaba Bilbao. Recuerdo que pensó rodar una película en la ciudad. Y recuerdo que cuando la ciudad empezó a mejorar, la ría a estar más limpia y los bilbaínos menos envenenados, a Wenders le dejó de interesar el proyecto.

~

Recuerdo que, en el fondo, escribo por si hay suerte y digo lo que ignoro.

~

Recuerdo que Joan Brossa (le recuerdo comprando artículos de magia en El Ingenio, un establecimiento barcelonés de la calle Rauric, muy cerca de Las Ramblas) decía: “Yo siempre me he ganado la vida, pero nunca he podido pagármela.”

~

Recuerdo que a finales de los años 70 vi a Man en Camelle, la aldea de la Costa de la Muerte en la que decidió instalarse como un náufrago. Man pintaba las rocas. Decían que venía de Alemania. Vivía como un pez o como un ave, una mezcla de ave y de pez. Era un hombre. Man se llamaba Manfred pero era un hombre, el loco de Camelle. Man vivía desnudo y callado. Murió de pena. Fue la primera víctima de la marea negra del Prestige.

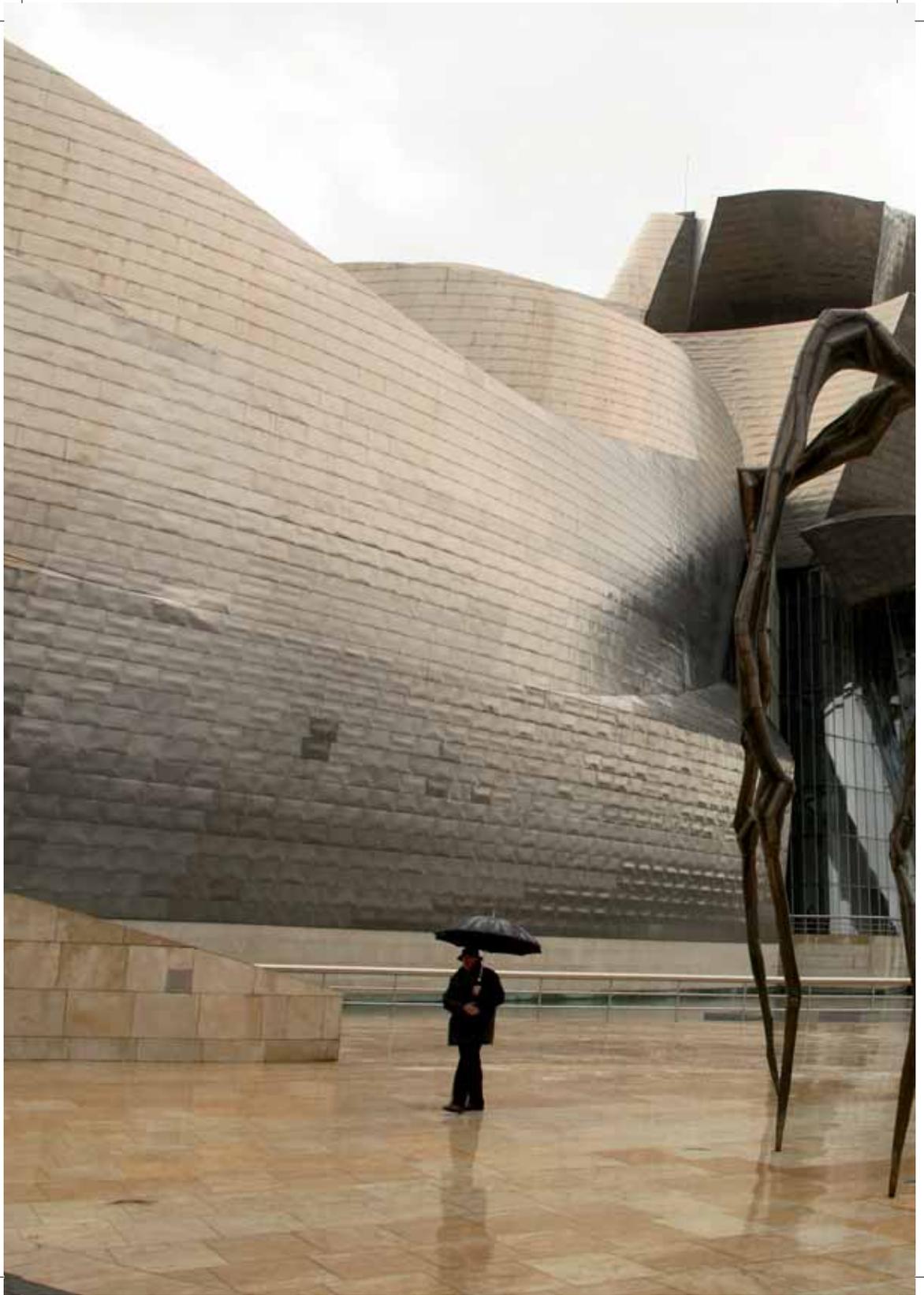
~

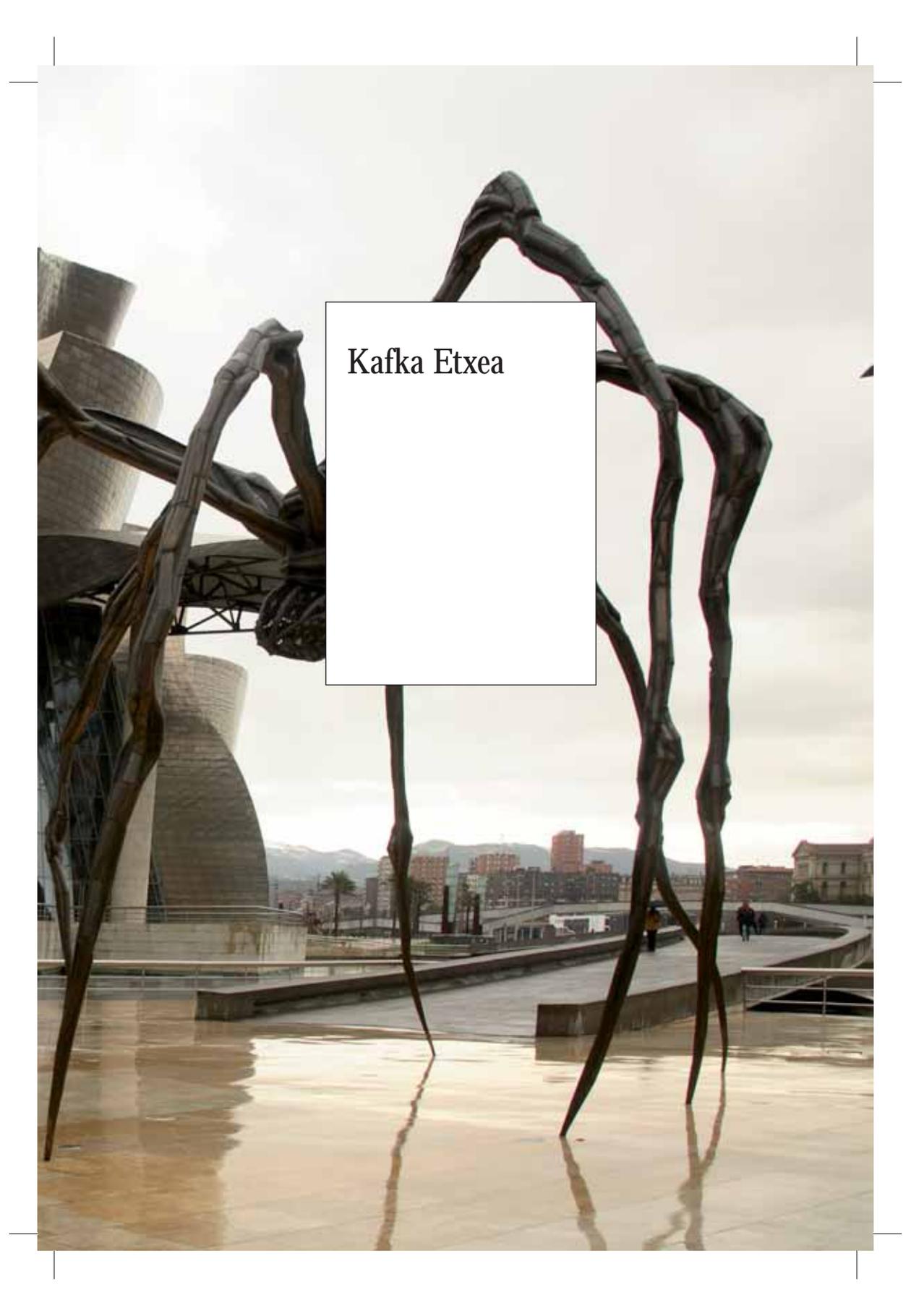
Recuerdo que José Antonio Blanco me decía que escribir es cribar. Escribamos. Cribemos.

~

Recuerdo que una mañana de 1992 recibí un telegrama comunicándome que mi tío Paco había muerto en Córdoba (Argentina) dentro de un frigorífico industrial. No pude ir a su entierro pero recé por su alma. Recordé su maleta Sansonite.

~





Kafka Etxea

Mariposas negras

¿Quién ha dicho que Kafka era raro? Un bicho raro, dicen. Aquí cualquiera es raro. Cualquiera puede ser un bicho raro, convertirse en ortóptero o metamorfosearse en lepidóptero. La desgracia de Kafka fue nacer en Bilbao, se lo dijo a Regina Soltura su tío (o sería su padre) José María Soltura, el maestro del gran Ramón Carande: “Esa fue la desgracia de Franz. No hubo otra”. ¿Dónde está su rareza? Franz era un buen muchacho. Un muchacho normal y corriente. Unamuno decía que el moderno Bilbao era raro, más raro que Franz Kafka. Una especie de Alien que le salió a la Villa seminal, con tranvías y coches a motor, un averno. Y Neguri, donde vivía Soltura (que además tenía casa en Madrid), era un lugar bien raro. Una rareza. Un escenario de opereta encima de una playa destemplada frente a un mar desabrido. Unas casas de atrezzo en un parque temático inglés. En Dubai hacen cosas parecidas. Hay casas parecidas en Dubai, solo que de verdad, es decir, no tan raras: casas desmesuradas de todos los estilos (también de estilo inglés o vasco-inglés) pero con habitantes (árabes gordos) dentro, no mansiones vacías habitadas por fantasmas traslúcidos. El dinero es también fantasmal llegado a cierto

punto: no se ve, se presiente, lo mismo que se presienten los espíritus. El dinero es Espíritu. Igual que la presencia de Soltura en su casa vacía de Neguri en Atxekolandeta. La bella casa roja que mereció ser pintada por Hopper y no por uno de esos pintores vascos que bebían chacolí y se esparcían en el Kurding Club hasta desparramarse. Una tarde de 1990 yo estuve en esa casa (la primera levantada en Neguri, la que pintó Berroeta, ahora me acuerdo) y el fantasma de Kafka apareció en el comedor de abajo, el de los ventanales que dominan la playa de Ereaga. ¿Qué podía hacer Kafka en esa casa? Porque él había nacido en una de las primitivas siete calles del Casco Viejo de Bilbao, en el número 13 de la calle Somera, en un piso que arruinó la riada de 1983. Su padre, Hermann Kafka Murueta, era dueño de una tienda de telas llamada Casa Cuervo. Una tienda de telas que, según dicen, llegó a tener hasta quince empleados y cuyo emblema, naturalmente, era un cuervo. Por eso el joven Kafka iba tan elegante, un poco parecido al joven Juan Larrea de unos años después, con sombrero a la inglesa y todo bien planchado, siempre vistiendo paños excelentes. Un cuervo bien vestido. Como ven, todo en orden. El problema de Franz era que se llevaba malamente con su rígido padre tendero, es decir,



algo que le sucede a todo el mundo, incluso con un padre que no sea tendero. ¿Dónde está, pues, la supuesta rareza de Kafka? Cuando Franz concluyó sus estudios de Derecho en la Universidad jesuítica de Deusto, Hermann Kafka Murueta se trasladó con su familia a un piso mesocrático en la Gran Vía. Un piso en una casa propiedad del naviero Ramón de la Sota, a quien poco después los ingleses convertirían en Sir como agradecimiento a los servicios prestados a su flota durante la Gran Guerra.



Un gran piso con vistas al parque de doña Casilda y balcones de piedra. Dicen que Hermann Kafka se daba cabezazos contra aquellos balcones berroqueños, contra aquellas columnas de piedra, cada vez que discutía con Franz. Discutían por asuntos banales. El hijo golpeaba a su padre con un silencio pétreo. El padre castigaba a su hijo recordándole que, le gustase o no, pertenecía al clan de los Kafka Murueta. Nada, como se ve, del otro mundo. Kafka estaba muy flaco. Era bastante alto (le llevaba la cabeza a Unamuno, que tampoco era bajo), casi podría decirse que Franz era un buen mozo (aunque flaco),



con el pelo muy negro y los ojos oscuros y brillantes como dos azabaches, o mejor: como dos antracitas (porque a veces sus ojos parecían carbones encendidos).

Tenía un paraguas negro que se había comprado en una paraguetería de la calle Correo. Tenía un moderno reloj de pulsera –marca Patek Phillip– que le había traído de Suiza un tío de su madre, Julie Löwy Sagarmínaga. Tenía la carrera de Derecho acabada. Tenía unos terribles dolores de cabeza. Unas migrañas sobrenaturales que le hacían odiar su cabeza y maldecir su empleo. Trabajó en una empresa de seguros hasta que consiguió ingresar en la Diputación Foral. Era un joven de complexión delgada, pero el esfuerzo de las oposiciones le había enflaquecido de modo preocupante. Cuando le vi en la casa de Atxekolandeta también estaba flaco y vestía de negro, pero era transparente como una mariposa. Una especie de negra mariposa traslúcida. Me fijé en que tenía el pelo blanco. Había encanecido. Eran las ocho y media de la

tarde cuando se apareció sin decir “hola”, cogió un atizador y empezó a hurgar en las cenizas de la chimenea. La dueña de la casa, la estupenda Regina Soltura, me explicó que eso era lo que hacía cada tarde el fantasma de Kafka en todas las chimeneas de la mansión. Cuando las chimeneas estaban encendidas, lo que hacía era desaparecer en las llamas de una y aparecer en otra que estuviera apagada para seguir hurgando en las cenizas con el atizador. La casa de Soltura tenía seis chimeneas. Franz tenía tres hermanas. Con el marido de una de ellas, siendo ya funcionario foral, montó una fábrica de insecticida en la margen izquierda del Nervión. No quería meterse en aquel negocio, pero lo hizo para no discutir con su padre. Un hijo funcionario le parecía poco a Hermann Kafka. Deseaba hacer de él un capitán de empresa, una especie de Ramón de la Sota. La fábrica quebró no por culpa de Franz. Aún no había llegado el buen tiempo de los insecticidas. Los organoclorados aún no habían nacido. Lo que quería Franz era escribir. Lo que necesitaba era tiempo y salud. Una cabeza que no le estallara y horas para escribir. Miraba el Patek-Phillip y era siempre la hora de entrar en la oficina de la Diputación. Siempre llegaba tarde. No demasiado tarde, pero sí un poco tarde, lo bastante. No lograba escribir lo que quería. Siempre quería más. No lograba llegar puntualmente al trabajo. Continuaba escribiendo contra viento y marea. No conseguía llevar-

se medianamente bien con su padre tendero. Hermann Kafka Murueta era socio de la elegante Sociedad Bilbaina, el mejor club inglés de toda Europa. José María Soltura era el bibliotecario de la Sociedad y era amigo del padre de Kafka, además de mecenas de Unamuno. Gracias a él Unamuno publicó su novela *Paz en la guerra*. Gracias a él Franz se puso en contacto con Miguel de Unamuno, un hombre verdaderamente raro, pero un gran hombre, un sabio. Un sabio inapelable. Todo el mundo decía que Unamuno era un sabio. José María Soltura le recomendaba que leyese las obras de Kierkegaard (el pensador danés que prefigura el existencialismo), un individuo ciertamente raro que nació en Copenhage, hijo de un vendedor de sombreros cuyo apellido significa *cementerio*, y bien, todos decían en Bilbao al cabo de unos meses que Unamuno era un sabio que había aprendido a leer el danés para leer al pensador danés cuyo apellido quiere decir *cementerio*. Unamuno era un sabio y Kierkegaard, como acabamos de decir, un individuo más raro que Kafka (¿quién ha dicho que Kafka era raro? El raro era Unamuno). Tenían algunas cosas en común los dos K. Ambos tenían un padre tendero (el *cuervo* Kafka y el *cementerio* Kierkegaard) con el que se llevaban malamente. Ambos dejaron a unas cuantas novias casi al pie del altar. “Realizar es destruir”, decía Soren, por eso no se quiso casar nunca, aunque en voz baja todos

hablaban de impotencia (hoy hablarían de “disfunción erectil”, que suena más científico y menos angustioso, menos existencial en suma –las pastillas azules acabaron con los residuos últimos del existencialismo). La última prometida del danés se llamaba Regina, Regina Olsen, y tenía una casa en Dinamarca que era casi una réplica de la casa de Regina Soltura en Atxekolandeta. “Mi tarea es detener la expansión del cristianismo”, decía Soren Kierkegaard poco antes de morir a mediados del siglo XIX. Unamuno, en el fondo, era un hombre del siglo XIX, igual que Hermann Kafka, igual que Soren Kierkegaard. Cuando Unamuno se entrevistó con Franz llevaba en el bolsillo un crucifijo grande, una gran cruz de hierro. Podían haberse visto en otra parte, pero se vieron en el Boulevard, un café más o menos literario situado en el Arenal bilbaíno. Unamuno debía orientar el joven Kafka, que perdía las noches escribiendo cosas bastante raras. Unamuno era casi veinte años mayor que el joven Kafka, pero la edad de su sabiduría era insondable. Al joven Kafka lo que le impresionó del sabio, además de saber que había leído a Kierkegaard, fueron sus grandes gafas y lo rápido que se tomó el café que parecía hervir, un café que pagó el joven Kafka, aunque a decir verdad, cuando Franz fue a sacar su billetera Unamuno se puso de pie y dijo en voz alta: “¡De ninguna manera! ¡Cada uno que pague lo suyo!” El sabio no sacaba la

mano del bolsillo. El sabio no dejaba de apretar con su mano el crucifijo que le había regalado en Madrid Manuel Azaña, hacía cuatro años, en la cacharrería del Ateneo. La historia del crucifijo que Unamuno llevaba en el bolsillo sí que era interesante, se decía Unamuno, y no los cuentos que le estaba contando el joven Kafka, que eran disparatados y siniestros a partes iguales. Aunque a Unamuno lo que le interesaba sobre todo era la increíble vida de Unamuno, la previda y posvida de Unamuno y sus yo exfuturos, se vio en la obligación de preguntarle al hijo de su amigo algo que ya sabía: ¿Escribes o trabajas? El joven Franz –ya lo sabía Unamuno– escribía y además trabajaba en la Diputación foral. Era lógico que estuviera tan flaco. Aquel chaval lo que necesitaba era ejercicio, subir al Pagasarri los domingos, encontrar una buena muchacha del país y casarse, fundar una familia y dejarse de historias extrañas que, de no remediarlo, acabarían dañando su salud y su espíritu. Franz era un tanto gótico, se decía Unamuno. A él también –no podía negarlo– se le ocurrían a veces disparates. Pero sus disparates eran disparates con enjundia moral y filosófica, igual que sus novelas (que él llamaba *nivolos*), no preguntas absurdas –preguntas sin respuesta– lanzadas al vacío o a la hoguera. Unamuno era más bien románico (no gótico). Un hombre de una pieza. Unamuno no sacaba la mano del bolsillo mientras Franz le contaba sus

cuentos como quien le relata a su psiquiatra las pesadillas de la última semana. Un tal Gregorio Samsa despertaba en su cuarto y comprobaba que se había convertido en un insecto. Unamuno removía la mano dentro de su bolsillo, acariciando el crucifijo que le había regalado Manuel Azaña en la cacharrería del Ateneo. Nunca le cayó bien Manuel Azaña, y ahora se daba cuenta, gracias al joven Kafka, de que Azaña era Samsa, qué horror. Kafka terminó el cuento, pero Unamuno no consiguió enterarse de la clase de insecto en que se había metamorfoseado el pobre Samsa. Un insecto asombrosamente parecido a Manuel Azaña. A Unamuno le costaba prestar atención. El cuento del insecto le había impresionado, pero no lo bastante. Porque nada importaba lo bastante como el propio Unamuno en su jugo. Unamuno apreciaba a aquel muchacho y quería ayudarlo, alumbrar su camino desnortado, quedar bien con su padre y con José María Soltura, que le había costado la edición de una obra inmortal como *Paz en la guerra*. Unamuno caía en la cuenta de que no se le había ocurrido incluir a un insecto entre los personajes de *Paz en la guerra*, y a lo mejor no hubiera estado mal. Los insectos gobiernan las ciudades sitiadas, no se le había ocurrido, daba igual. El joven Kafka le sitiaba a él ahora, le relataba ahora, tartamudeando por el nerviosismo, el argumento de otra de sus obras. Se trataba de un pobre desgraciado, llamado Josef K., al que un buen

día arrestan sin que nadie le dé una razón. Alguien le ha calumniado, pero quién. Alguien le acusa de algo, pero de qué. Josef K. ingresa en una pesadilla. No sabe de qué debe defenderse. No puede defenderse. No sabe quién le acusa. No sabe ante qué instancia debe recurrir. Un siniestro callejón sin salida. Un argumento sin pies ni cabeza. Donde hay un juicio debe haber un juez, un Dios, un lehendakari, un rey. A Unamuno le obsesionaba el Rey Alfonso XIII y se puso a pensar en el Borbón y se olvidó de Kafka y Kafka siguió hablando (y tartamudeando) hasta que don Miguel le dijo basta. Llevaba una hora larga sin hablar. Le pidió al camarero un vaso de agua. Un vaso de agua gratis. Un vaso de agua limpia que manó de una jarra vacía. Lo que debía hacer el joven Kafka era entregar sus obras a don José María Soltura para que él las quemase en cualquiera de las seis chimeneas de su casa. Era lo más prudente, lo más inteligente, lo más intransigente con la propia rareza imperdonable. “Escribe sobre aquello que conozcas”, le dijo don Miguel al joven Kafka, “pero miente si fuera necesario”. Tenía que escribir sobre Bilbao porque Kafka y Bilbao eran lo mismo. Eran la misma cosa, estaban hechos de la misma sustancia. El aire estaba lleno de pájaros de paso que Franz Kafka debía cazar al vuelo. Franz debía convertirse en un chimbero, reivindicar al chimbo que vivía en su nombre, porque el cuervo de Kafka

era un chimbo y Kafka debía ser, podía ser, un inmenso escritor costumbrista, una especie de Trueba redivivo, es decir, un poeta del pueblo. La madre metalúrgica merecía un cantor como Kafka. El padre de Franz Kafka, Hermann Kafka Murueta, merecía perdonar a su hijo, merecía poder perdonarlo, merecía tener un buen hijo que no escribiera cartas infamantes al padre, “Honrarás a tu padre y a tu madre”, sería la divisa de Franz Kafka a partir de ese día: amarás a Bilbao sobre todas las cosas. Porque Bilbao sostiene tu mirada, da sentido a tus pasos sobre el mundo y “Todo el mundo” –esto dijo Miguel de Unamuno levantando la voz por encima del gran vaso de agua– “es un Bilbao más grande.” Se hizo un silencio hondo y luego se escucharon los pulmones de Franz. Los pulmones de Kafka empezaron a silbar como nunca, comenzaron a silbar como pájaros, a silbar como chimbos. Entonaban un himno muy hermoso que hizo felices a los camareros del café Boulevard, hizo feliz a Franz y también a Unamuno, que de pronto se olvidó de sí mismo. Todos fueron felices mientras duró aquel himno. Todo el mundo sintió que celebraba algo. La angustia se convirtió en felicidad. Franz se puso el sombrero, agarró su paraguas y se fue a casa, al magnífico piso de la Gran Vía de Diego López de Haro donde vivía con sus queridos padres y una de sus hermanas. Sintió una paz inmensa y unas ganas atroces de escribir una oda,

un epinicio, quizás una oración, no sabía bien qué, pero algo. Sentía que debía dar las gracias por estar donde estaba, vivir donde vivía, haber nacido en la ciudad que amaba. Porque amaba a Bilbao. Podía haber nacido en Orihuela, en Ceuta, en Calahorra, en Murcia, en Albacete, en Praga o en Varsovia. Y podía haber sido un desgraciado igual que Soren Kierkegaard, que nació en Dinamarca. Y podía haber sido judío, diablos, un judío en Varsovia o en Praga. Era feliz. No sabía por qué. Era bilbaíno. Sí sabía por qué. Juntó sus manuscritos y se los dio a Soltura para que en su momento los quemase en una de las seis chimeneas de Atxekolandeta. Y Soltura dudó. Pero Franz fue muy claro: “Cuando muera, quiero que todo arda”. Luego escribió sus obras más famosas: *Vuelos cortos de un cuervo*, *Revoladas*, *Aleteos de un cuervo*. Y dejó de dolerle la cabeza. Comprendió que la vida no iba en serio. Se casó con Begoña Lizarraga en 1913. Se instalaron en un piso contiguo al de sus padres en la casa de Sota y no tuvieron hijos. Engordó varios kilos. Olvidó el argumento de la obra. Encaneció. Cumplió treinta y cinco años. Solicitó excedencia en la Diputación y se la concedieron. Cumplió cuarenta años. Consiguió adelgazar varios kilos. Se compró un automóvil Ford T. Recibió un homenaje en La Bilbaína. Proyectó hacer un viaje a Granada. Quería ver la Alhambra. Su mujer falleció de apendicitis. Quería ver la Alhambra. Vio

la Alhambra. Viajó a Granada en el verano de 1924 en su Ford T. Fue una aventura. Tardó ocho días en llegar a las puertas de Granada en su pequeño automóvil negro: 4 cilindros, 20 caballos, 71 kilómetros por hora.

Un coche es una casa. Era feliz. Se sentía en su casa en el Ford T. Más en su casa que en su propio piso. Más feliz que en su casa de Bilbao. El Ford T fue su casa durante aquellos días bajo el cielo de España. Su morada del ser. Había atravesado un país de braseros, alpargatas y mesas camilla. Un país de tabernas, plazas de toros, moscas, flamencos y hambre. Un país sin apenas carreteras. El Ford T se detuvo en Logroño para que le arreglasen una rueda, pasó por Salamanca (la segunda ciudad de Unamuno), atravesó Madrid (la segunda ciudad de Soltura), entró en Toledo (la segunda ciudad del doctor Marañón), alcanzó Ciudad Real echando humo, afrontó Puertollano, llegó a Jaén a punto de incendiarse, bebió agua, tomó aliento y conquistó Granada por la Puerta de Elvira. No había muchos coches en Granada en 1924. El Ford T de Franz Kafka, negro como una viuda de García Lorca, circuló lentamente, casi majestuosamente por Granada. Franz vestía de negro también. Tenía el pelo blanco debajo del sombrero de ala corta. Se alojó en un hotel de la ciudad. No hizo amigos. Tenía poca gracia, es la verdad. Sus obras tenían gracia. Sus cuadros costumbristas tenían mucha gracia, la que a él



le faltaba. Pero él era feliz revoloteando con su negro y ruidoso automóvil por aquella ciudad del sur de España. Era un pájaro libre en su Ford T. Libre de su mujer. Libre de su ciudad. Libre de sus sainetes costumbristas. Era libre como una mariposa. Había mariposas en el aire de España aquel verano de 1924. Las mariposas macho copulaban en el aire con las mariposas hembra. Las orugas salían de los huevos y se metamorfoseaban en crisálidas. Comenzaba el proceso. Era el milagro oscuro de la metamorfosis. La crisálida, entonces,

se colgaba del flexible pedúnculo sedoso que producía la oruga. Se escondía entre el follaje y, encerrada en su cápsula, permanecía inmóvil, no comía, mutaba oscuramente, desarrollaba sus extremidades y crecían sus alas, crecía su cabeza, aumentaba su tórax y engordaba su abdomen. En un par de semanas tendría dos pares de alas membranosas y una larga y sutil espiritrompa. Esto estaba pasando en España aquel verano de 1924. El aire se llenaba de mariposas rojas, amarillas, moradas. De vez en cuando, mariposas negras. Cuando Kafka pasó por Linares rumbo a Granada dos mariposas negras copularon encima de una higuera al borde del camino comarcal. Veinte días más tarde Kafka cargó en su coche una maleta de cuero marrón oscuro comprada en la calle Ascao, la misma que había usado en su viaje de novios a Biarritz. Era el momento de irse de Granada. Se montó en el Fort T. Empezaba a llover suavemente. Se puso su sombrero dentro del automóvil. Pegada al parabrisas una gran mariposa de alas negras, posada en el cristal, premonición de llanto. Había oído decir que cuando una mariposa negra aparece significa que alguien va a morir. Se bajó del Fort T. Tomó la manivela. Miró a la mariposa. Arrancó su Fort T sin quitarse el sombrero. Circulaba despacio y ella seguía allí, a pesar de la lluvia y el viento, pegada al parabrisas, espesa y fúnebre. Kafka no se atrevía a acelerar. Kafka veía crecer aquella mariposa adherida

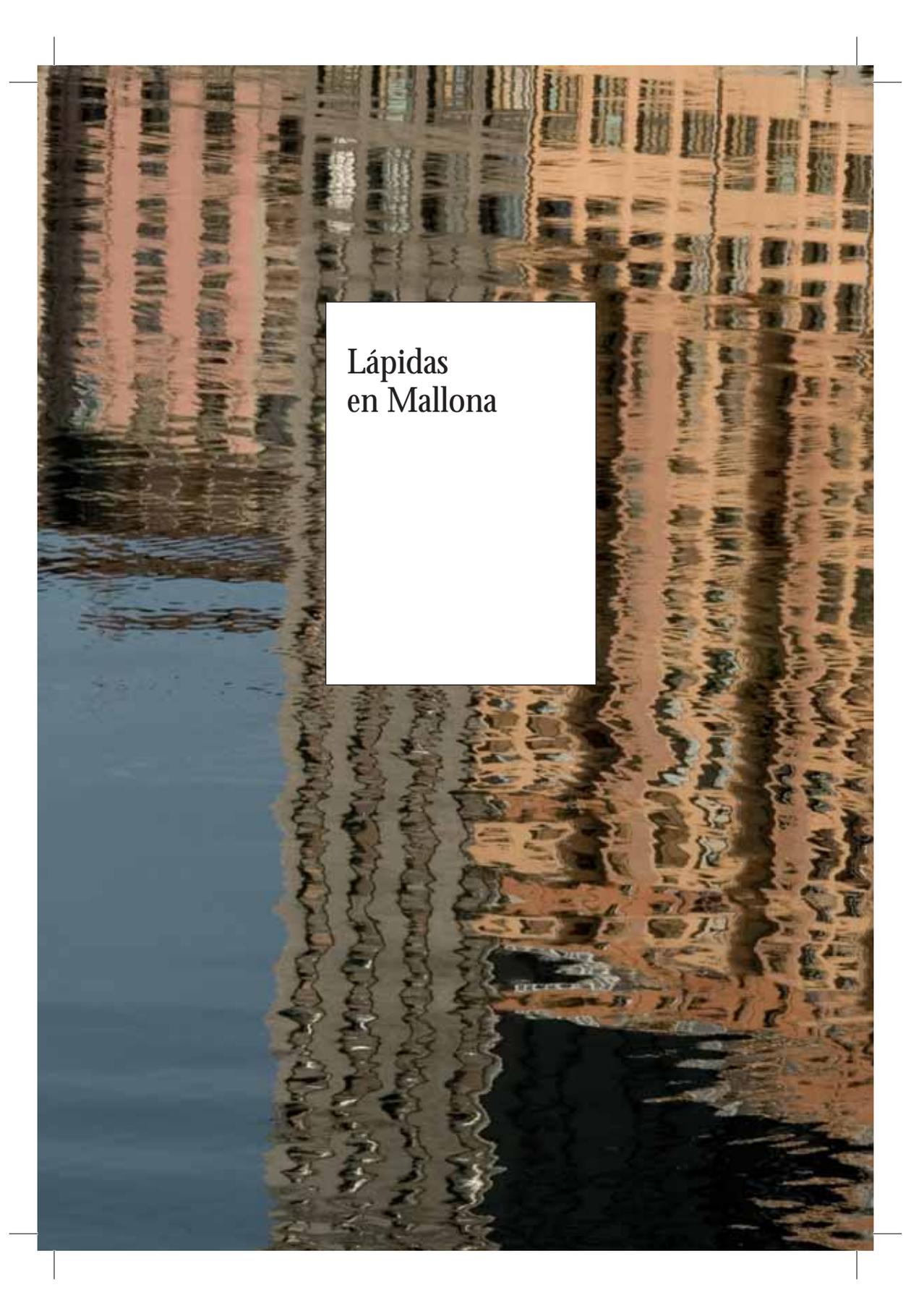
al cristal de su coche. Veía su cabeza y veía sus ojos mirándole a través del cristal. Porque aquella mariposa de luto le miraba a los ojos y crecía. Aquella mariposa, si seguía creciendo, se decía Franz Kafka, acabaría convertida en un mirlo, convertida en un cuervo, convertida en Franz Kafka. No era un chimbo. Aquella mariposa le decía que llevaba veinte años mintiendo, siendo otro, haciéndose pasar por alguien que no era. Y Kafka se acordó de su ciudad. Se acordó de su padre tendero. De la Villa muy noble y muy leal. Del puente y de los lobos. De los cuervos. De la palabra armada. De la palabra desarmada. De la sangre. De los cuentos, novelas e historias que había escrito con sangre. De la casa de las seis chime-neas en Atxekolandeta. De sus viejos dolores de cabeza. De las gafas de Miguel de Unamuno. De las miradas. De la risa. De la verdad. Franz Kafka aceleró para que aquella mariposa negra dejara de mirarle de una vez. Continuaba lloviendo. El cielo estaba cada vez más bajo. El Ford T de Franz Kafka, poco antes de entrar en Linares, se estrelló contra un poste de telégrafos. Enrique Jardiel Poncela, el humorista, escribió que el humor era como intentar pinchar una mariposa con un poste de telégrafos. Allí estaban el poste de telégrafos, la mariposa y el cuerpo de Franz Kafka con los ojos abiertos, un caballero de Bilbao que al día siguiente saldría en los pe-

riódicos. Tenía 41 años, era autor de sainetes costumbristas y funcionario de la Diputación foral en excedencia. Tenía una excelente mala salud de hierro. Estaba muerto. En los periódicos no salió su retrato. Los restos del Ford T eran muy fotogénicos. Naturaleza muerta. ¿Puede ser un Ford T naturaleza muerta? Los restos del Ford T parecían un cuadro de Juan Gris. Los gitanos de Linares se hicieron cargo del coche destrozado. Naturaleza muerta. Una buena chatarra. Los restos de Franz Kafka fueron trasladados en tren hasta Bilbao en un viaje con varios trasbordos que duró varios días. Antes de que llegaran a la Estación de Atxuri, José María Soltura, tras varias noches de insomnio y de vacilación, quemó los manuscritos que Franz Kafka le había entregado por indicación de Miguel de Unamuno. Usó tres chimeneas. No podía incumplir su palabra. Un buen bilbaino cumple su palabra, es todo lo que tiene, aunque tenga más cosas. Aunque cueste, aunque duela, aunque sangre. Un buen bilbaino debe tener fuste. El funeral en San Antón fue multitudinario. Un funeral con fuste. Hubo muchas palabras y también hubo música y baile. José Arrúe lloró. Alejandro de la Sota lloró. Unamuno lloró. Gustavo de Maeztu lloró y después se marchó con su cuadrilla al txakolí de Artxanda a brindar por el muerto. Hacía un día espléndido según el *Noticiero Bilbaíno*. Pero al final llovió. Siempre acaba lloviendo en Bilbao.



El querido escritor costumbrista fue enterrado en el panteón familiar de Sopuerta, el pueblo vizcaíno (situado a treinta kilómetros de Bilbao) de donde procedía la familia materna. Allí acabó su viaje. Pero no, nada puede acabar. Nada termina. La historia no se puede terminar. El cuento nunca acaba. Todo está inacabado. Todo es inacabable. Kafka no se acabó. Kafka no se ha acabado. Sigue ahí. Sigue buscando algo en Atxeko-landeta. Su lugar en el fuego. Se sigue apareciendo y sigue vacilando, aleteando como una mariposa a punto de nacer o de morir. Sigue aquí. Esta es su casa. Entren o váyanse.



The image shows a multi-story building with a grid of windows, its reflection mirrored in a body of water. The water's surface is slightly rippled, creating a distorted, wavy reflection of the building. A white rectangular box is centered over the image, containing the text 'Lápidas en Mallona'.

Lápidas
en Mallona

Dos poetas

Fallecieron un año tormentoso. Fallecer, qué palabra. Me gusta más morir. Se murieron los dos el mismo año triunfal. El mismo año fatal. En plena guerra de los españoles. Juan y Jaime, dos chicos. Uno de Astorga y otro de Bilbao. Juan Panero y Jaime Delclaux. Eternamente jóvenes en las antologías que se acuerdan de ellos, aunque en la mayoría no aparecen sus versos truncados. Jóvenes anacrónicos. Muertos que no envejecen como los de un poema de Kavafis que ahora mismo no puedo recordar. Jóvenes poetas muertos. El uno en accidente de automóvil y el otro –con los pulmones hechos fosfatina por la tuberculosis– en el Hospital provincial de Albacete. En medio de una guerra que no entendían y que, seguramente, no querían. Tenían muchas cosas en común y a lo mejor por eso decidieron morir el mismo año y terminar la guerra que no habían empezado. Podían haber hecho muchas cosas, además de morir al mismo tiempo en el mismo país ineficiente y cruel. Se podían haber conocido una tarde en el Madrid anterior a la guerra, ambos huyendo de sus ciudades. Ambos venían de provincias húmedas y militaban en el mismo bando. Ninguno probó nunca la Coca-Cola. Ninguno tuvo tiempo de probar casi nada. Eran un poco cursis. Podían haber sido grandes poetas,

es decir, grandes raros en un país de mujeres silenciadas y de hombres pequeños y brutales, quién sabe. Quizás de todos modos la provincia les hubiera tragado. Quizás hicieron bien en acabarse en 1937. Quizás tuvieron suerte y evitaron darnos un espectáculo como el de Rafael Alberti, volviendo del exilio con mil años y un traje de primera comunión, o el de Gerardo Diego, ganando sin pudor una flor natural detrás de otra para dar de comer a su prole bajo la pax franquista, o el de Dámaso Alonso, convertido en ortóptero con frac. Juan Ramón escribió que Delclaux era “arquitecto de vientos”. Tal vez quiso decir que escribía en el aire de la misma manera que otros poetas escriben en el agua y otros lo hacen en lápidas de mármol. Juan y Jaime murieron en 1937 en España. Escribieron un poco en el aire. Volaron algo. Soñaron más. Se les echa de menos. Es mentira. Nadie se acuerda de ellos.

Ciudades frías

(Jaime Delclaux y Juan Panero. /Bilbao/Astorga/España, 1937)

Sin teléfonos móviles y sin ordenadores,
jóvenes arrastrados por la guerra,
adolescentes en ciudades frías.
Consumidores de éxtasis. Adictos
a la divina métrica del viento.
Amantes de la música celeste.
Compinches del gorrión,
colegas del jilguero.
Ruborosos, formales, algo cursis,
lampiños y morenos. Embriagados
por Fray Luis de León. Aficionados
a los guateques místicos. Expertos
en el dudoso sexo de los ángeles.
Románticos. Ambos adoradores
de Juan Ramón. Leales. Caballeros
de la Orden pura de la poesía.
Forofos de Petrarca.
Devotos del soneto.
Esnifadores de melancolía.
Amigos en sustancia acumulada.

Apagados de pronto,
juntamente.
Poetas de provincias.
Prematuros.
Espuma de la vida.
Escorzo de la muerte.

Gustavo de Maeztu

Amaba los alfoces de la villa levítica,
tenía una cuadrilla.
Las malas compañías arruinan a cualquiera,
te van llevando al margen –dijeron unas voces.
Siguió en el merendero. Se fue haciendo de noche.
Llevaba buen camino.
Se perdió en el sendero.

Blas de Otero

Amó la vida mucho.
Bien sabes tú que la amé mucho.
Y tanto. Y tanto más que tanto.
Las muchachas, el mar ancho, los pinos,
las mañanas y noches, cada cosa
y su caligrafía. Hasta el infierno
que está aquí, tan amargo
-ancho el amor y el dolor largo-
y largo.

Amó la vida mucho, sin embargo.
Y sin embargo -dijo- no fue huir
la muerte amar la vida.
Participar del hombre y de sus luchas
con la pasión debida, intensamente,
hasta partir el alma.

1923-1960-2010

Escribo estas palabras delante de un poema de Blas de Otero. Siempre escribo delante de él. Enmarcado en un marco de madera hecho en China. Falsa madera china. El poema está escrito de verdad. Manuscrito. Lo firmó Blas de Otero de verdad antes de abandonar Bilbao en 1960 para irse a la China. De verdad se fue a China aquel año de 1960 para orientarse, dijo, creo que ya lo he dicho en otra parte, pero el chiste no es mío. Se fue para orientarse y antes firmó ese poema frente al que escribo ahora, frente al que siempre escribo. Yo nací justamente ese año en Bilbao, en la plaza de Indautxu. Pero el poema se titula “1923”. No se titula “1960”. Ni se titula “Indautxu”, aunque en Indautxu, en los pupitres de los jesuitas, el poeta se tragó todo el miedo del mundo. Todo el miedo que había en Indautxu en 1923. En el poema titulado “1923” llueve mucho, está lloviendo siempre. Lo leo nuevamente en voz muy baja. Y dejo de escribir. Y me asomo a la calle y no llueve. Las doce y media de la noche y no llueve. Han pasado 50 años de aquello. Cincuenta años desde que Blas de Otero, una buena mañana o una mala tarde, salió de su ciudad y se embarcó hacia el mundo en busca de otros cielos después de haber escrito un poema titulado “1923”. Escribo frente a él. Está lloviendo en “1923”.

Siempre llueve en los versos de ese poema. Lo acabo de escribir. Lo acabo de notar. Me acabo de mojar. Pero el poema, milagrosamente, maravillosamente, brilla como la plata recién bruñida. No son versos de plata. Se trata de un poema de acero inoxidable. Es un poema a prueba de la lluvia del mundo, la lluvia de la historia, la lluvia minuciosa de Bilbao. Sigo leyendo y miro el calendario: 15 de marzo de 2010. Blas de Otero tendría, cumpliría 94 años. Le felicitaríamos. Seguiría fumando. Seguiría escribiendo. Porque en el mundo, aunque llueva, hay sequía. Porque en Bilbao, aunque no llueva, llueve. Sigo leyendo a Blas: “Llueve en Bilbao y llueve, llueve, llueve...”

Max Brod

Pudo ser el sobrino de Wittgenstein.

Fue el amigo de Kafka,

el hombre que soñaba con viajar a otras tierras,

un vecino de Praga.

Fue el amigo perfecto en su infidelidad.

Le gusta mirar dentro –dijo Gregorio Samsa.

Juan Larrea, el hombre al que perseguían las palomas

Antes de que el profeta anglocatólico recitara el Sermón
del Fuego
vio que el río bajaba, igual que el dulce Támesis,
dispuesto a llevarse por delante su vida, su amor y su
canción,
porque era un río cruel, una letal cloaca navegable,
de manera que le crecieron alas en los pies como a Hermes
y en un abrir y cerrar de ojos de pastor se plantó en Francia,
voló al Cuzco, aterrizó en Atienza coronado de nieve
y espinas
y se abrazó a la soledad en Córdoba cuando la soledad cayó
del cielo,
cuando la soledad llegó volando, ardiendo, *No me dejes*,
le dijo
cuando la soledad quiso dejarle después del gran incendio.
Se dejó una frondosa barba blanca y esperó a que llegase
la última paloma,
la que zurea encima de esta página.

Ramón de Basterra, inquilino de Bilbao

Basterra, cuerdo de atar.
Poeta de nacimiento.
Romano de armas tomar,
le dio estocadas al viento.

No miento.

Basterra, loco cabal,
pedía motocicletas
como piloto mortal
del circo de los poetas.

Nota: ¿Enloqueció Basterra, que era un buen diplomático, por culpa de la poesía? ¿Terminó corriendo desnudo y espada en mano (una espada robada a una armadura) por los pasillos del Ministerio de Asuntos Exteriores y pidiendo a voz en cuello más motocicletas desde la ventana de un hotel por culpa de los versos que, por cierto, admiraban José María Soltura, Larrea y Gerardo Diego, quien le incluyó en su célebre Antología? Los psiquiatras bilbainos –lectores de Unamuno y Blas de Oterono saben, no contestan. La Escuela Romana del Pirineo (aquel peplum poético-político) cerró sus puertas hace casi un siglo. Pero ahí está la Oda que Basterra le dedicó a Bilbao y que Bilbao aún no le ha pagado. “El inquilino de Bilbao” es el título que el poeta le puso a su oda, en la que, entre otras cosas, decía: “Si ayer es del Azar, hecho de error y fuerza, / hoy y mañana son del verbo / hecho de voluntad e inteligencia.” Malgrado y genial, según Eugenio D’Ors. Para Pedro Salinas, la poesía de Basterra está llena “de atisbos, de impulsos, de bellezas y de errores.” Es Juan Ramón Jiménez, sin embargo, el que mejor retrata al bilbaino: “Épico y lírico, es como un triste ruiñeñor Sansón a quien una terrible musa Dalila, rosa y negra, Baudelaire, hubiese trasquilado.” Hay, en efecto, algo de ruiñeñor mecánico con los resortes rotos en Ramón de Basterra, nuestro bravo piloto de la muerte, nuestro loco cabal.

Gabriel Moral Zabala en el cruce

1.

Tiempos calamitosos.

Ni una gota de luz

en la Gran Vía. Andaba

Gabriel Moral buscando, pedaleando

en medio de la noche (sin linterna

por las calles de Abando), persiguiendo

la voz de la verdad incommovible.

La vida se pasó yendo y viniendo,

pensando donde nunca. Sufriendo

desengaño. Volviendo cuando nadie.

Andaba en bicicleta y no vio el cruce

aquella noche oscura como España.

2.

Viste

lo que nadie veía todavía

y te sobrecogiste. Fuiste

el primero en saber lo que venía.

Nota: No sé sabe a qué hora de la noche atropellaron a Gabriel Moral Zabala –una de las cabezas más brillantes y lúcidas de su generación en el País Vasco– mientras circulaba con su bicicleta por las calles de Bilbao. Le gustaba salir en bicicleta por la noche. El atropello se produjo en el cruce entre las calles Gregorio de la Revilla y Gran Vía. “Qué falta de respeto, qué atropello a la razón”, dijo Santos Discépolo en el tango inmortal. Habría que decir que aquella noche se produjo en Bilbao la muerte de un ciclista y, además, un trágico atropello a la razón.

Post card

Triste cuadrilla la de Estanislao
María de Aguirre. Intelectuales fules.
Como una cabra en un campo de gules
Fernando de la Quadra por Bilbao.

Triste cuadrilla y fosca capital
de millonarios y confiterías.
A la romana da los buenos días
Rafael Sánchez por el Arenal.

Uno que escribe, tal vez Aranaz
Castellanos se ahoga en un sillón
del Boulevard. La Villa reza en paz

y Europa arde. Quebrará la Unión
Minera en Carnaval. Turbia y tenaz
la lluvia arrasará toda ilusión.

Eduardo Apodaca, pasajero de Bilbao

Nació y vivió en Bilbao, vive en Bilbao ahora, todavía, en la memoria nuestra y en sus libros de versos llenos de escapates, de solares y pájaros urbanos. No fue Eduardo un poeta de Bilbao, sino un poeta en Bilbao, que es cosa bien distinta, aunque no lo parezca. Eduardo, que era bueno, además de poeta de los buenos, era de todas partes. Pájaro de todas partes. Era como una antena que captaba, desde el asfalto oscuro de la Villa, bajo su cielo de hule, las señales lejanas y secretas del universo poético, de todos sus planetas y satélites y de todas sus naves galácticas. No hubo nadie como él en la ciudad. El mejor receptor de poesía que Bilbao nunca tuvo, eso era Eduardo, antena. Sostenía partidas infinitas de ajedrez a distancia. Andaba en bicicleta (como Moral Zabala) y seguía la Vuelta Ciclista a España (sobre todo la etapa de los Lagos) mientras citaba versos de John Keats, Luis Cernuda o San Juan de la Cruz. Daba largos paseos de náufrago. El poeta en la ciudad es un náufrago y un navegante, un Robinsón urbano que encuentra en la poesía un Viernes necesario y promisorio. A veces el amigo, el navegante, el poeta que paseaba por Bilbao, nos invitaba a su isla, nos permitía naufragar con él.

Naufragar con Eduardo, habitar en su isla unas horas, era salir a flote de la tormenta diaria. Largos paseos y conversaciones al borde de la ría. Poesía contra el mal de vivir, versos como específico contra el dolor, como antídoto contra el ruido del mundo. Gracias a los naufragios en la isla de Eduardo algunos conseguimos no perecer ahogados, como yo aquella vez en el muelle de Ripa. Gracias al pasajero de Bilbao pudimos tomar aire. El poeta en Bilbao es siempre un pasajero. La ciudad para él es un lugar de paso y no una residencia permanente. Siempre es un inquilino en su ciudad. Por eso nuestro amigo, nuestro hermano, camina por las calles como quien sube a un barco o entra en un trolebús guiado por catenarias invisibles. Eduardo, pasajero de Bilbao, poeta en Bilbao, ave de todas partes, transeunte invisible. Los poetas no están, únicamente son, por eso no son vistos. Se van, pero se quedan. Es lo que pasa con los inquilinos, que terminan quedándose en la casa donde los acogieron de grado o a la fuerza. Inquilinos de Bilbao, sin casa en propiedad: náufragos, paseantes, peatones, pasajeros de la lluvia y el aire. Eduardo, muerto hace cuatro años, estoico y epicúreo, poeta verdadero, amigo inolvidable y permanente.

Frente al espejo con Gabriel Aresti

I

Todavía me afeito sin embargo
cada mañana.

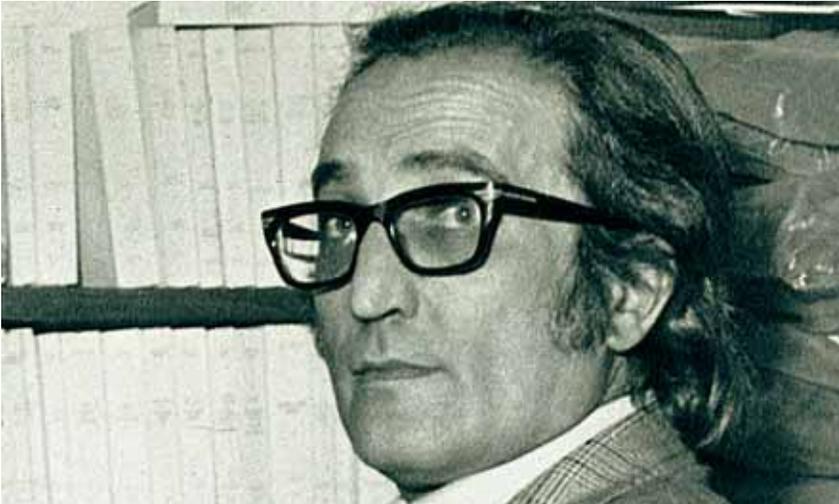
Cada día hacía
Gabriel Aresti como yo y podía
como yo puedo sostenido solo
por un sueño pequeño.

Cada día me afeito sin embargo
por la mañana.

Cada día salgo
en busca de algo hacia algún dueño aprisa,
uno entre tantos, animado solo
por un sueño pequeño.

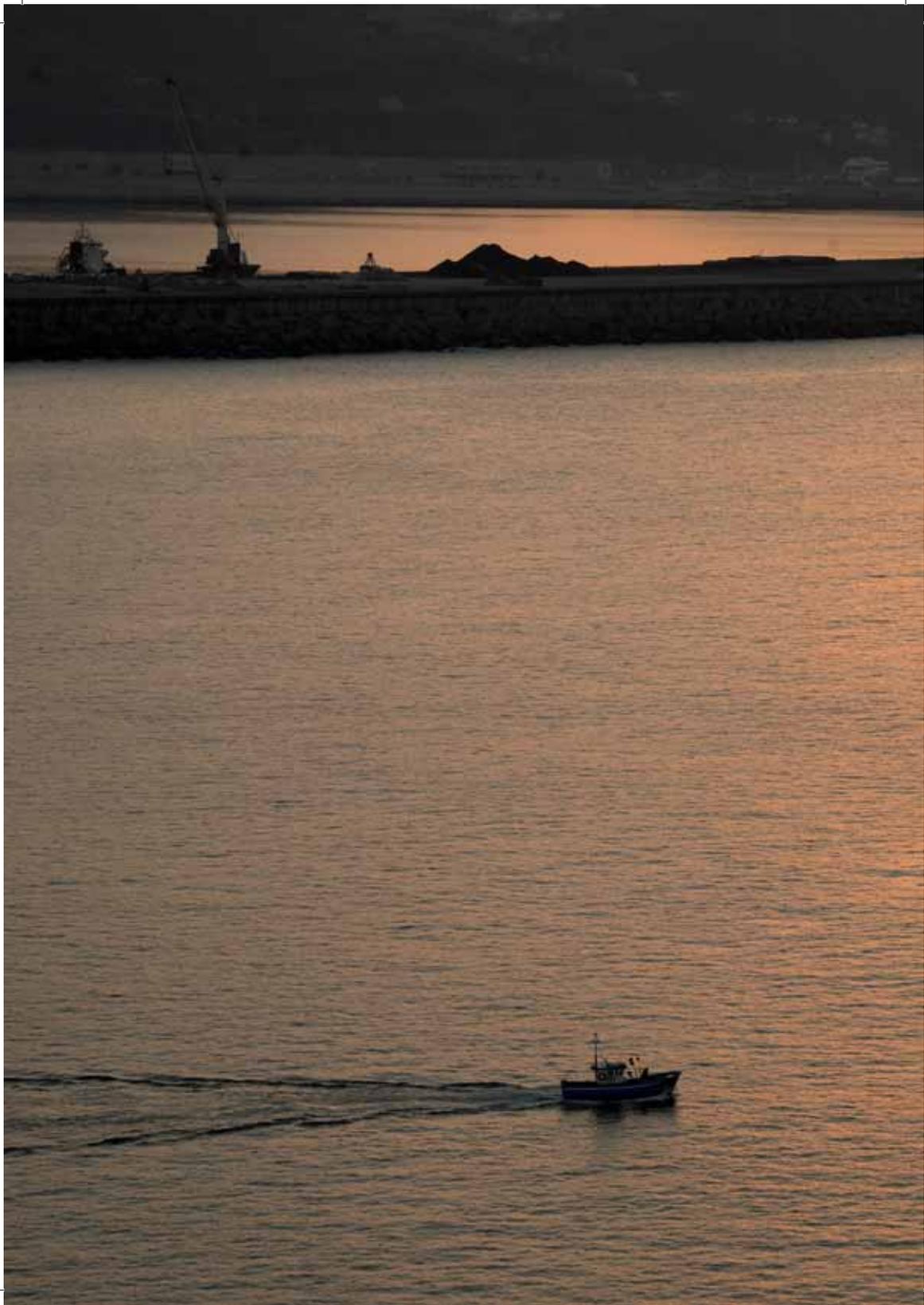
II

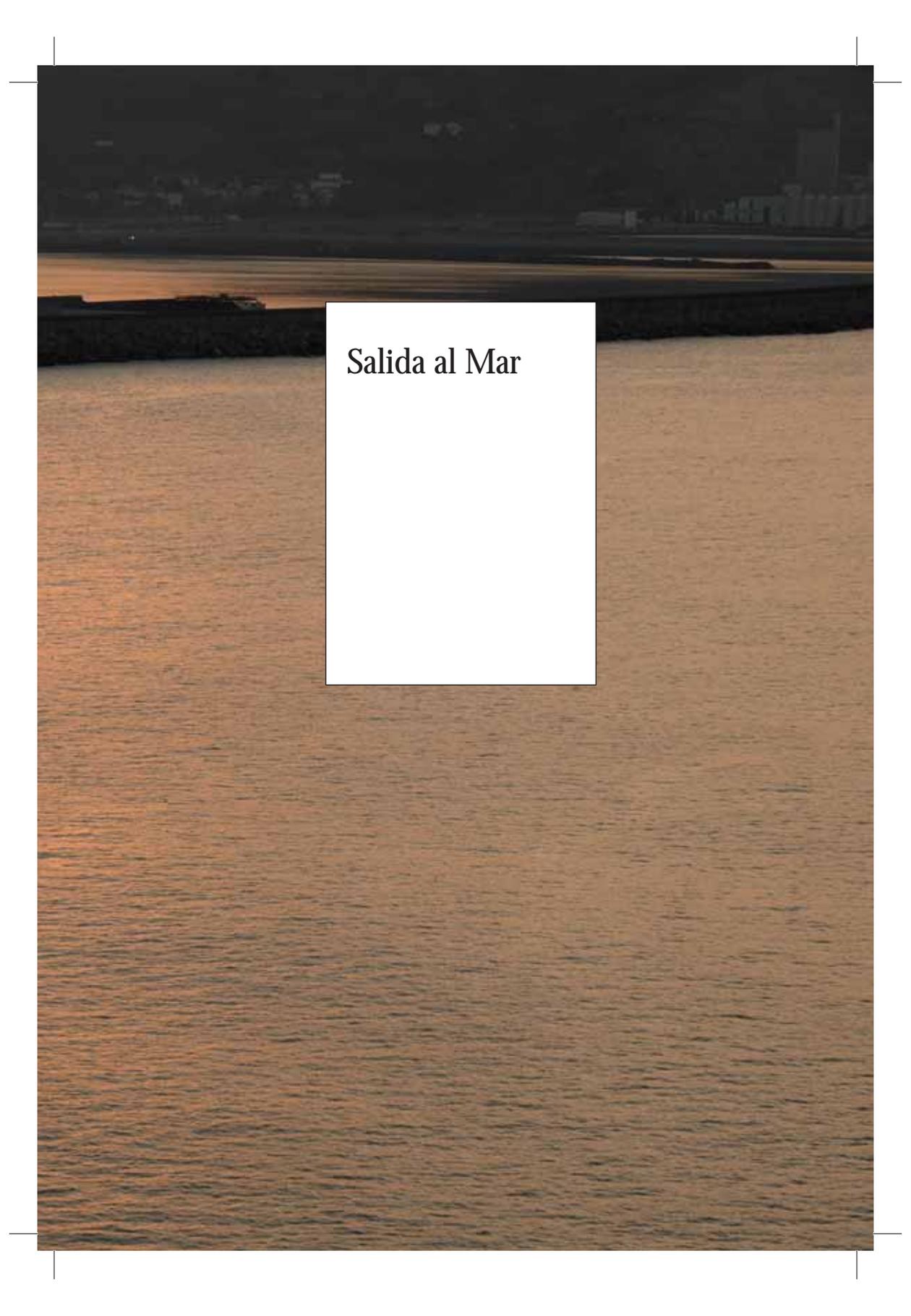
Cada día
salir de casa con la cara limpia
y arrastrar la cartera en los andenes
y pensar que, a pesar de todo, el mundo,
los aviones, los trenes, las carteras
pesadas y las leyes de los hombres
no podrán con el sueño diminuto



que sostiene tus pasos aunque sepas
que lloverá mañana,
que chocarán los trenes,
que en la tierra
no habrá paz ni de broma.

Te enjabonas
la cara lentamente y lentamente
recorre la navaja tus mejillas
y se desliza por tu cuello suave-
mente mientras recitas a Gabriel
Aresti esta mañana sostenida
por un sueño pequeño.





Salida al Mar

Abra, corazón del mundo

Aquí el Nervión se encuentra con el mar, ese destino azul donde palpita, según dijo el poeta delante de un copa de ginebra, el corazón del mundo. Porque la Villa tiene una salida al mar. De modo que Bilbao tiene salida. De manera que hay una escapatoria. Un horizonte de agua. El laberinto tiene solución. De manera que el mar es posible. La travesía de Bilbao llega al mar. Hay catorce kilómetros de agua desde la isla de San Cristóbal hasta la bahía del Abra. Un laberinto de agua en el que embarrancar es fácil, naufragar es posible, ahogarse alegremente no es difícil. También las Siete calles (que son más) forman un laberinto, invitan al naufragio en las plazas y barras (ahora menos bizarras, quizás más donostiaras) de sus bares. Pero el mar, el mar que no se ve, el mar que no se oye, el mar que no se cree está en el Abra, con los brazos abiertos y un petrolero azul (bandera libanesa) en cada mano. El mar que nos espera y que nos sabe. Que nos lleva llamando medio siglo, una vida, un millón de olas largas, desde que amanecemos en la Clínica Indautxu un día de noviembre, una mañana negra de galerna con mi madre riendo y mi padre llorando de alegría (hacia frío aquel invierno de 1960, eso cuentan, pero él no lo sentía, él seguía llorando en mangas de camisa y no hacía otra cosa que

llover, llover, llover con diligencia y sin descanso detrás de la ventana). Y sin saberlo, yo ya sentía el mar, quería verlo, deseaba doblar la última esquina y abrazarme con él en el Abra, darle un abrazo al mar y conquistar su corazón de espuma bajo el cielo de plomo, el cielo palpitante y metalúrgico, el cielo modelado por los convertidores Bessemer, ese cielo que orienta a los marinos para que no naufraguen en el mar del vivir. Porque morir es no hallar la salida a una ría de hierro, morir es enterrar el corazón en una sucia playa de lindane, morir es no querer, no amar, no respirar. Vivir es navegar. Amar a mares. Saber que hay aire nuevo al otro lado. Anhelar la derrota y la gloria. Vivir es naufragar a vuelta de hoja y morir y salvarse. Alejarse y volver como las olas que nacen y que mueren, que se hacen y se rompen para siempre, para nunca volver a ser las mismas. No eres un río lento hacia la muerte. No eres un río lento. El corazón del mundo está en el mar. Donde acaba la tierra empieza el mundo. La salida hacia el mar está en el Abra. El noroeste aguarda frente a los contramuelles. El mundo está contigo porque estás en el mundo. Es tuyo. Es nuestro. El mar te está llamando. No eres un río muerto. Estás naciendo.

Voz del mar

Como un hombre que no dejase nunca
de nadar. Y perdiera
sus piernas y sus brazos y olvidara
sus pulmones azules en el mar.
Y quedara de él,
permaneciera
su inspiración tan sólo,
su transparencia de ginebra añil,
su alma al trasluz,
el pez
de cobre de su voz
embarrancado
en el fondo del bar.

Naufragio

Una vida de náufrago.
Navegaciones solitas,
hundimiento sabido.

De puerto en puerto asido
a los restos flotantes
de una lengua perdida.

Islas inexistentes,
recuerdos olvidados,
salvamento imposible.

Mar ajada
después de la galerna,
olas a solas, nada.

El mar

El mar lo traga todo y todo lo devuelve.

Escribe el mar. Lo nombra,
dicta el mar. Toca el mar
con su mano perdida.

Escribe el mar
con su mano ganada:
el mar es grande, es hondo
como un pozo. Incesante
como la sangre.

Movimiento infinito,
parecido a la vida.
Profundo, interno, eterno,
parecido a la muerte.

Puente de metal

Cruzamos este puente de metal cada día
tú y yo,
mano con mano.

(Tú de la mano mía
todavía.)

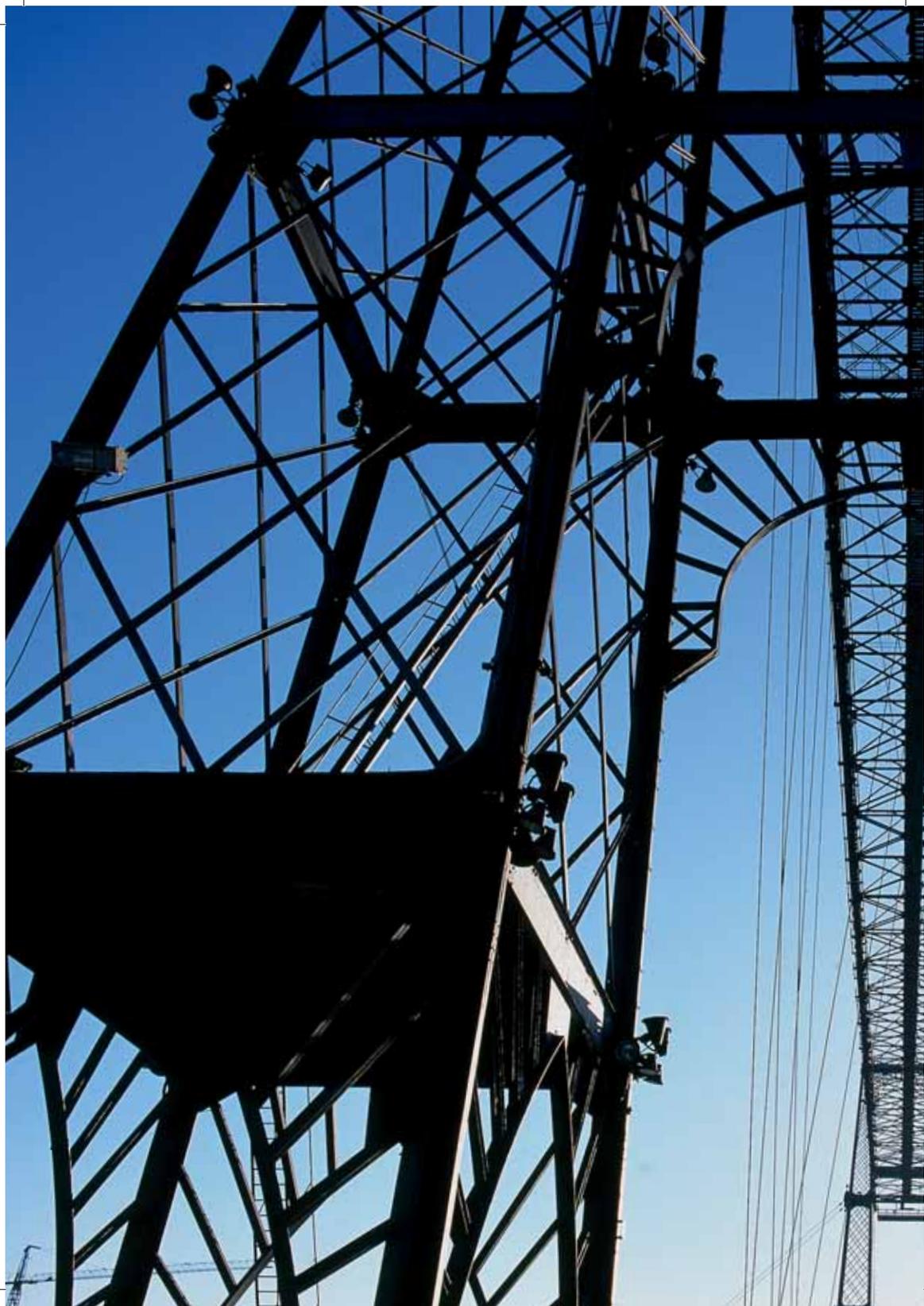
Pasamos de una orilla
a la otra,
como amantes
cada tarde
de la ría.

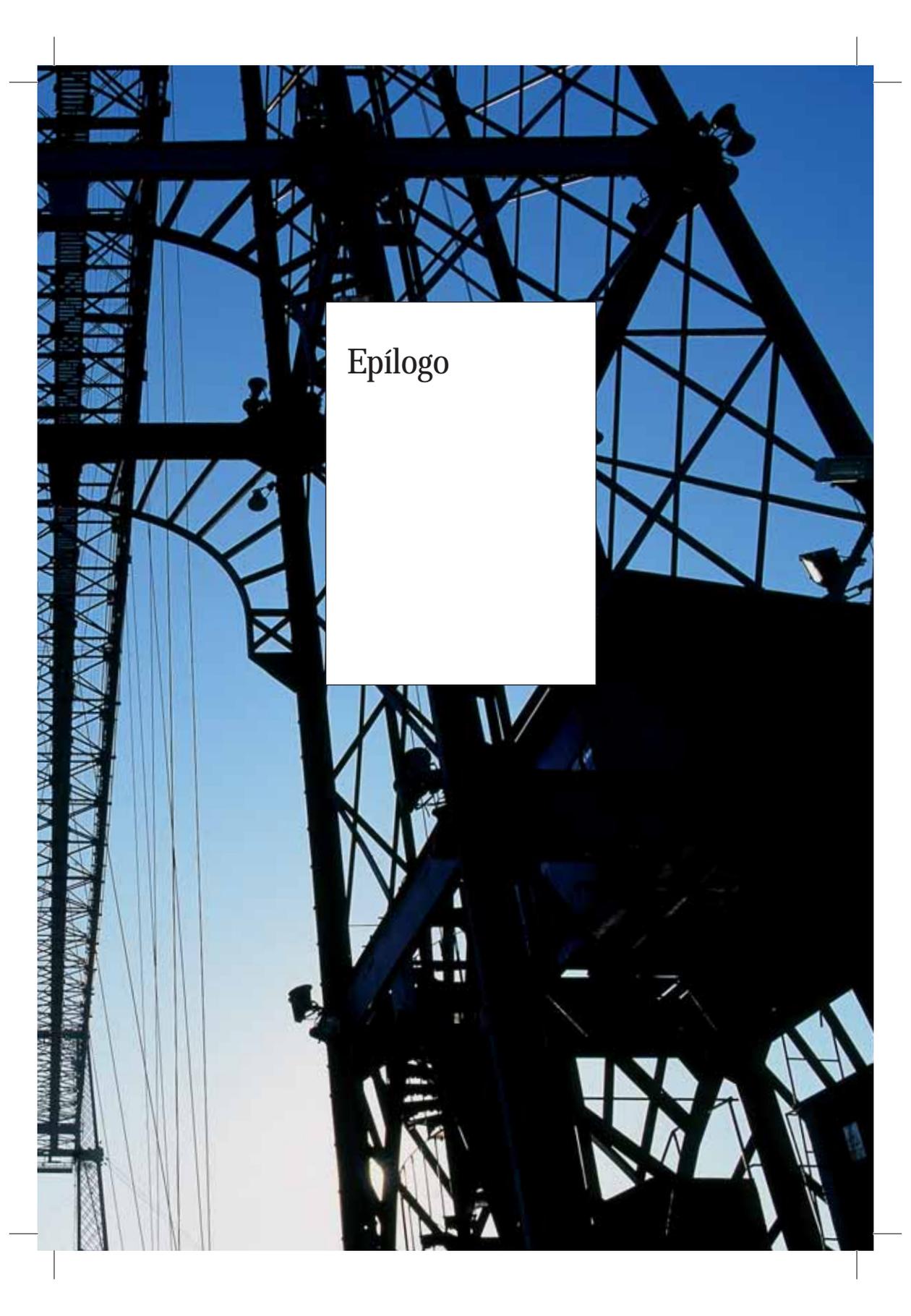
(Tú con tu uniforme limpio,
yo con mi melancolía.)

Se enreda el tiempo en el hierro
del puente. Secretamente
se va la tarde. Nos lleva
y deslleva (*Todo pasa,*
nada queda –tu mano aprieta la mía.)

Vemos un barco mercante
perdersé en la lejanía
cuando llegamos al margen,
nuestra margen
de la ría.

Tú con tu uniforme limpio,
yo con mi melancolía.



A low-angle, black and white photograph of a complex steel truss structure, likely a bridge or industrial framework, set against a clear blue sky. The structure is composed of numerous interconnected beams and girders, creating a dense, geometric pattern. The lighting is dramatic, with the structure appearing as dark silhouettes against the bright sky. A white rectangular box is overlaid on the right side of the image, containing the text 'Epílogo'.

Epílogo

EA BA...*

Ea denborak zeozer hobe
uzten duen, ea datozen urteek
oinaze egunon oroimena
garbitzen duten, ea haizeak
promesak eraman zituen bezala
batak bestea odoleztatu arte
jotzeko erabiltzen ditugun hitzak
eta azpikeriak eiamaten dituen.
Ea bihotzak atsedean hartu ahal duen,
ea ba, euriak azken batailako
azken haztarnak ezabatzen dituen.

* Itzulpena: Joseba Sarrionandia.

*Ojalá**

Ojalá con el tiempo
sólo quede lo bueno.
Que los años
arrasen la memoria de los días
de miseria y que el viento,
igual que se llevó nuestras promesas,
se lleve las palabras alevosas
con que nos golpeamos
hasta hacernos sangrar.
Que el corazón descanse
y que la lluvia
borre la última huella
de la última batalla.

* En la página contigua se publica este poema en euskera,
traducido por Joseba Sarrionandia.

ADDENDA

LOS TEXTOS INCLUIDOS EN *TRAVESÍA DE BILBAO*, inéditos en buena parte y reelaborados en más de una ocasión, forman un libro nuevo y autónomo. Aunque al autor también le haya animado cierta voluntad antológica, el sentido que ha pretendido darles a estas páginas es otro. Son rigurosamente inéditos los poemas titulados “Arribo”, “Equipaje de mano”, “Árboles”, “Símbolos aplastantes”, “Regresar es saber que nunca se regresa”, “Un hombre busca un árbol”, “Ciudad sin ruinas”, “Parte de todo”, “Hoyo de niebla”, “Jardines de Albia”, “Uríbarri/Indautxu/Ingenieros”, “Plaza de Arriquibar”, “Ciudad Jardín”, “Salida de ciudad”, “Cervecera de Basurto”, “Hotel Abando”, “Montañas de humo”, “Lindane”, Elejabarri, albergue”, “Horario de oficina”, “Sonetos”, “Bilbao-La Robla” y “Toda ciudad”. Los recuerdos reunidos en *Consigna de la memoria* tampoco han sido nunca publicados. Son asimismo

inéditas y escritas especialmente para este libro las lápidas de Juan Panero y Jaime Delclaux, las de Ramón de Basterra y Gabriel Moral Zabala y las de Eduardo Apodaca y Juan Larrea, el hombre al que perseguían las palomas. El texto titulado “1923/1960/2010” también es inédito, lo mismo que la micro-novela (o *micronivola*) titulada *Kafka Etxea* y el poema en prosa “Abra, corazón del mundo”. En un número de la revista Ipar Atea dedicado a las ciudades apareció, con otro título y distinta forma, el texto de “Bilbao, forever”. “Cielos de Bilbao” es un fragmento de una conferencia leída en la Biblioteca de Bidebarrieta el día dedicado a Blas de Otero en marzo de 2010. “Cómida rápida” fue publicado en la revista donostiarra Bitarte. El resto de los poemas de *Travesía de Bilbao* pertenecen a los libros *Esto no es un soneto* (Rafael Inglada Editor. Málaga, 1992), *La gracia del enano* (Renacimiento. Sevilla, 1994), *Todos los santos* (Hiperión. Madrid, 1997), *Material de construcción* (Hiperión. Madrid, 2004), *Cumbre del mar* (Hiperión. Madrid, 2006) y *Aprender a irse* (Hiperión. Madrid, 2008). Muchos de estos poemas han cambiado de título y visto modificada su estructura, de forma que dicen cosas que en su día no dijeron o quisieron decir. El resultado de todo ello es *Travesía de Bilbao*.

ÍNDICE

Estación del Norte	9
Plano de ciudad	27
Consigna de la memoria	85
Kafka Etxea	119
Lápidas en Mallona	141
Salida al mar	159
Epílogo	167
Addenda	171

Nota: Todas las fotografías a doble página de este libro, así como la imagen de la cubierta son obra del fotógrafo bilbaíno Mikel Alonso.

